

El Enigma de los Ojos en la Pared

El hecho que voy a relatar, ocurrió en la ciudad de La Rioja, en la primavera del año 1925. Me encontraba allí en aquel entonces cumpliendo una misión periodística, que compartía Raúl González Tuñón y nuestra vida se desenvolvía monótonamente, sin arraigo a las costumbres provincianas típicas del lugar.

Vivíamos extrañamente, porque lo hacíamos de acuerdo con la rutina habitual de las grandes ciudades, de modo que el acontecimiento que me lleva ahora a escribir estas líneas, vino a parecerse extraordinario tan sólo al ser recordado a través del tiempo. La perspectiva cronológica lo sitúa bien y le da aún más extraña apariencia el borrarse del recuerdo los pequeños detalles del vivir diario que, sumándose a la totalidad, restan crudeza al hecho mismo a la ocurrencia que me propongo relatar.

Recuerdo que habitábamos una típica casa provinciana, amplia, provista de la luz de dos grandes patios que no conocen las edificaciones de las ciudades, en el claro de los cuales algunos árboles — moreras y naranjos — crecían aunando a la normal acción de existir la otra más apreciada por nosotros de dar sombra. Así se mantenía la temperatura en extremo calurosa que desde la iniciación de la primavera es común a aquella región.

Las habitaciones distribuidas alrededor del primero de los patios eran grandes, si bien la imprevisión del arquitecto, o del simple constructor, las había dotado tan sólo de puertas de salida a dicho patio, sin comunicarse lateralmente con las otras. Aquellas habitaciones venían así a ser como enormes cubos en una de cuyas caras había una gran abertura, suficiente por cierto para la entrada abundante de luz y aire.

Vivíamos allí con Raúl González Tuñón, Ulises Petit de Murat y otros amigos. Cada uno de nosotros ocupaba una de las habitaciones. Una amplia sala provista de ventanas que daban a la calle y otra similar en proporciones y ubicación al otro lado del zaguán, servían de comedor y pieza de trabajo.

Ocurrió que al iniciarse la primavera del año 1925 — no recuerdo con precisión la fecha exacta — llegó a La Rioja, con el propósito de visitarme, un gran amigo mío, hoy desaparecido, según podrá apreciarse siguiendo esta lectura. Era estudiante de astronomía y sentía especial predilección por las matemáticas superiores, actividades intelectuales ambas que le habían llevado a residir constantemente en el extranjero. Al venir ese año a Buenos Aires, se había enterado de mi permanencia ocasional en La Rioja, por lo que antes de regresar al extranjero, realizó el viaje, con el solo objeto de visitarme y despedirse de mí.

Díra en este momento su nombre y los motivos de amistad que tan grandemente nos unían, como para decidirlo a un viaje tan largo y penoso, por sólo visitarme, pero experimento los escrúpulos. Igualmente de quien va a referirse a una muerte que se vincula a la memoria de un ser querido. Mi amigo fue mi huésped, es lo cierto. Para el caso dispuse la colocación de una cama y otros muebles necesarios en la misma habitación que yo habitaba. Las dos camas quedaban, por conveniencias de la configuración de la pieza, colocadas de modo que la cabecera diera contra la pared posterior y los pies en dirección a la única puerta de salida.

MI amigo y yo habíamos salido aquel primer día de su llegada a La Rioja a realizar los



por RICARDO SETARO

habituales paseos para forasteros; visitamos las dos plazas visitables e hicimos una excursión al valle de Sanagasta, para gustar el comentario pechero de subir en automóvil por el camino que bordea el río Los Sauces. Luego cenamos, asistimos al paseo obligado de la retreta y ya al terminar ésta, poco después de media noche, nos encaminamos hacia nuestra casa.

Estábamos un poco cansados y el ambiente fresco normal de esa hora nos hacía más agradable la idea de acostarnos. Nada de extraordinario nos había ocurrido y ni siquiera frutó a mi rutina de informar a mi amigo que en La Rioja, por motivos de economía oficial, el suministro de corriente eléctrica se suspendía a la una de la mañana, reiniciándose recién a las 18 horas. Debíamos acostarnos rápidamente, para aprovechar el servicio eléctrico y así lo hicimos, enterando las puertas, ya que la noche era fresca.

Minutos después la fuerza de la luz decrecía lentamente y por último quedamos a oscuras.

Charlábamos. Mi amigo se empeñaba en terminar una exposición sobre ciertos adelantos que la ciencia había realizado en el terreno de las investigaciones físico-químicas referentes al contenido atómico de energía, pero yo no le escuchaba con mucha atención. Desde el momento en que habíamos quedado a oscuras, estaba preocupado por establecer qué eran dos puntos brillantes que habían mi vista al mirar la pared que daba a los pies de las camas, a

un costado de la única puerta de la habitación. Eran dos pequeños reflejos luminosos, como dos ojos, que se apagaban y encendían. Esa luz evidentemente no provenía del exterior de la habitación, en cuanto la puerta estaba ubicada en la misma pared en que aquella aparecía, a un costado y a una distancia aproximada de un metro de ella.

El hecho produjo en mí impresión de miedo. Oía la voz de mi amigo, en la que ya confusamente distinguía el tema de sus palabras, y aunque hubiera querido comunicarle el motivo de mi preocupación, un ese momento una fuerza extraña me impedía toda acción. Ni siquiera podía articular los movimientos necesarios para apoderarme de la caja de fósforos que había sobre la mesa de luz, para encender uno e indicar así el origen de aquellas luces. Al cabo de algunos minutos, un tanto recebrado, moví lentamente mi brazo derecho, tomé la caja de cerillas y tratando de no producir ruido alguno, saqué un fósforo, lo froté rápidamente y se encendió.

La claridad difundida por la cerilla hizo que desaparecieran de la pared las luces que había estado viendo. Al mismo tiempo mi compañero se incorporaba en la cama, interrumpiendo su disertación para observarme con detenimiento, como si sospechara que algo extraño me ocurría. Yo tomé un cigarrillo, lo encendí, apagué el fósforo e insinué una pregunta sobre lo que tan vagamente había escuchado del tema, utilizando para ello el tono de mayor natural-

dad posible que me pareció en ese momento.

Mi amigo continuó hablando, pero ya no le escuchaba; las luces habían vuelto — aparecieron en la pared. Se apagaban y encendían, rítmicamente, como dos ojos parpadeantes.

—Mira — le dije. — ¿Qué? — Esas luces. — No es nada — me respondió.

Pero ahora era él quien se incorporaba en la cama, al mismo tiempo que encendía un fósforo. Las luces desaparecieron nuevamente, como era lógico. Un poco tranquilizado me incorporé, salté de la cama y me aproximé al lugar de la pared donde las había visto. El trozo

de muro era exactamente igual al resto del mismo.

—Debe ser consecuencia de algún material fosforescente mezclado a la pintura — explicó mi amigo.

Por si ello hubiera sido así, tomé un cortapapel que utilizaba para señalar las páginas del libro que tenía sobre la mesa de luz y raspé la pintura en el lugar que correspondía a las luces. Luego volvimos a acostarnos.

Mi huésped ya había abandonado definitivamente su tema científico y ambos quedamos a la expectativa. Las luces volvieron a aparecer. El temor era entonces menor, ya que lo comprobé, pero confieso que como todas las cosas de apariencia

sobrenatural, aquella ocurrencia paralizaba mi persona. Las luces, mientras tanto, continuaban en su inquietante parpadear.

—¿Hay que ver que es éste! — exclamó mi compañero y resueltamente saltó fuera del lecho, encendiendo casi al mismo tiempo otro fósforo.

La noche anterior no habíamos dormido. Hasta el amanecer nuestro tiempo transcurrió mientras nos empeñábamos en investigar el origen de las luces en la pared. Luego nos dormimos y poco más tarde del mediodía salíamos en dirección al hotel, donde almorzábamos.

—¿Quisiera saber — decidí — mientras bebíamos el café — quisiera saber si lo que nos ha ocurrido — anoche es un hecho aislado, sin atadero a otros acontecimientos de nuestras vidas o si, por el contrario, tiene ello algo que ver con lo que antes hemos sido o hecho. La ciencia, cuando se la aborrece, nos pone en contacto con lo sobrenatural, por agotamiento de nuestros conocimientos, por llegar al punto en que la ignorancia nos vence y la vanidad crea la superstitación, para justificar su misma ignorancia.

Mientras hablaba mi amigo, acariciaba con los dedos su reloj de bolsillo.

Era un reloj de fabricación antigua, de esos que se ven aún en manos de algunos ancianos o que exhiben las personas que

creen todavía en la importancia de que un reloj tenga tres tapas y tantos rubíes. El reloj era liso y en la tapa delantera, donde habitualmente llevan una moldura en forma de escudo (esos relojes que tienen tres tapas) una enorme óvalo estaba incrustado toscamente, como si allí lo hubiera aplicado un inexperto, una persona no entendida en el arte de montar piedras preciosas.

—¿Quisiera saber — repetía mi amigo — quisiera saber... Y acariciaba con sus dedos el óvalo incrustado en la tapa de su antiguo reloj. Recordé vagamente que me habló de aquel reloj, o solamente del óvalo, de su origen, de la fatalidad que se atribuye a dichas piedras, pero recuerdo también que, en digresiones sobre las piedras y sus supuestas influencias benéficas o malélicas, se apartó del tema — tan importante como había parecido después — sin que volviéramos al mismo durante el resto de tiempo en que permanecimos juntos.

Por la noche de ese mismo día asistimos a una función teatral. Antes de la terminación del espectáculo, mi amigo me dejó anunciándome que se proponía insistir en la investigación que habíamos iniciado la noche anterior, sobre el origen de aquellas luces en la pared. "Parecen ojos", me dijo antes de irse.

Habitualmente me retiraba tarde a dormir. Muchas veces mis pasos del regreso a casa los iluminaba la luz del alba. El clima es en extremo caluroso en La Rioja y las horas de la no-

che y el amanecer son frescas y agradables. Fácil resulta así habituarse a tramoschar y dormir durante el día. Esa noche ocurrió lo de siempre. Salimos del teatro, fuimos al club, charlamos hasta casi el amanecer y, ya saliendo el sol, regresamos a nuestra casa. Ibamos Raúl González Tuñón, Ulises Petit de Murat y yo; lo recuerdo bien.

Los perros, tan habitualmente ladradores en La Rioja, habían emudecido aquella mañana. La luz mañanera era menos violenta, no tan clara como otros días; o al menos así me pareció. Las calles más solitarias.

Cuando llegamos a casa, antes de abrir la puerta, sentí deseos de seguir caminando, de no entrar en ella. Fue cosa de un segundo, solamente. Luego entramos. Mis amigos se encaminaron a sus habitaciones y yo me quedé en el jardín del patio anterior, indeciso, mirando las plantas, entusiasmado en la observación de los pequeños detalles de la conformación vegetal, tarea ésta que nunca antes me había preocupado. De pronto — como la persona que se decide a hacer algo que no hubiera querido — me dirigí resueltamente a mi habitación, mientras me decía mentalmente, como si lo hiciera respondiendo a alguien que me lo quisiera impedir: "Voy a dormir. Ya es hora de dormir".

Abrí la puerta, entornada. Di un paso y no avancé más. Todos los pequeños detalles, los presentimientos, las indecisiones de aquellas últimas horas acababan de justificarse en la escena que estaba tendido en el suelo, en una postura extraña. A su lado la mesita de luz, volcada y los objetos que había sobre ella, desparrramados en el piso. Las ropas de cama estaban en orden, como si apenas mi amigo hubiera permanecido en ella unos minutos, después de acostarse. En la mano derecha, fuertemente apretada, con los dedos crispados, alcanzaba a verse el reloj del óvalo incrustado. Mi amigo estaba muerto.

Si bien se supo después que el fallecimiento era consecuencia de un síncope cardíaco, yo puedo afirmar que aquel hombre, mi amigo, fué asesinado por el óvalo del reloj de tres tapas. Una paciente investigación me llevó a afirmar tal cosa. Durante muchas noches realicé todos los experimentos imaginables, todos los ensayos, para investigar el origen de las luces en la pared, que ya no volvieron a aparecer y el misterio quedó develado el día que las autoridades policiales me entregaron el extraño reloj, para que lo hiciera llegar a manos de los parientes del muerto, si es que los tenía.

Esa noche la luna brillaba con fuerza igual que la noche de la muerte de mi amigo. Entorné la puerta en la misma forma en que lo estaba al llegar yo a casa aquella mañana, como lo hacía mi amigo, antes de acostarse. Instantáneamente las luces aparecieron en la pared. Por la abertura, apenas de unos milímetros, entraba un rayo de la luz, la luz chocaba en la superficie del óvalo del reloj y era reflejada sobre la pared y el moverse de las hojas de los árboles, a través de las cuales pasaba la luz, producía aquel extraño apagarse y encenderse que tanto nos había intriguado.

Mi amigo debía estar obsesionado por el pretendido maleficio del óvalo, cuyo origen no alcancé a explicar. Al acostarse la noche de su muerte, había visto aparecer las luces en la pared. Debí pensar que las luces las emitía el óvalo y al constatar, llevando la mano al reloj, que realmente era así, sobrevino la muerte. Impotente su constitución cardíaca para soportar los efectos de una emoción semejante.

¿Qué ojos serían aquellos de la pared, cuya mirada debí temer tanto mi amigo? ¿Qué misterio encerraba el origen de aquella piedra, tan toscamente incrustada en el reloj de tres tapas?

Ilustraciones de Parpagnoli



LOS ESCALONES EN SANGRENTADOS

LELLA-KEDIDJA estaba preocupada. ¿Qué secreto se había alojado detrás de esa frente obstinada, estrellada de finos tatuajes? Una de sus hermanas le había dicho la víspera: —Vigila a Sliman. No se le ve sino en compañía de Ahmed-ben-Daud, que propaga en los caseríos la doctrina de Sidi-Aisa.

Y como, ingenuamente, Lella-Kedidja, algo inquieta, solicitara explicación más detallada, la informante agregó: —Sidi-Aisa es un profeta. Los que siguen su doctrina, los que llevan la rosa, como ellos dicen, pueden desafiar el fuego y el veneno. La protección de Alá los acompaña por todas partes. Pero se oyen gritos horribles, gritos de suplicados, allí, en la tienda de Ahmed-ben-Daud, donde los afiliados se reúnen noche a noche. Por eso te digo: Sliman, a quien amas, parece no abandonar a Ahmed-ben-Daud. Se les encuentra juntos en todo momento después del último Beiram. Vigila a Sliman.

Esas confidencias habían arrojado profunda turbación en el alma de la joven.

Lella-Kedidja no tenía más que trece años; pero es la edad del pleno desarrollo entre los moriscos y bereberes. Una inteligencia vivísima iluminaba sus ojos negros, agrandados por un ancho trazo de kol. Tenía esa gracia vivaz y espontánea que poseen hasta el casamiento las niñas de su raza. En los días de fiesta, ninguna llevaba el haik con más elegancia ni aire más desenvuelto. Ninguna sabía levantar con más arte el rodete de su peinado y rodearlo con el fular de un turbante de visos más llamativos. Ninguna tampoco, en la selección de collares y pendientes, en los de fíbulas de plata que sostienen la caricia en la espalda o de aros choquelados con que se adornan muñecas y tobillos, ostentaba mejor gusto ni mayor coquetería.

En cuanto a Sliman, hijo de Omar, era el rey de los caballeros de la tribu. Viéndosele alardear sobre su caballo blanco en las corrierías de prueba, uno se representaba a esos jóvenes jefes gloriosos de las épocas heroicas, en redor de los cuales los aborrecidos, levantados por el viento del Sur, ponían como una majestad de apoteosis.

Sliman contaba veintidós años, Amaba a Lella-Kedidja. Esperaba ella que viniera a tomarla en matrimonio en casa de su padre. Sería cosa de semanas, se había dicho.

Lella-Kedidja estaba ansiosa. ¿Es posible saber, en las corrierías religiosas del Islam marroquí, qué pruebas, qué sacrificios serán exigidos a los nuevos adeptos?

La noche caía. Las cumbres del Atlas teñidas de malva y de cobrizo, se encapuchaban en una sombra descolorida. Luego se hizo por doquiera la oscuridad sin horizonte.

El aduar comenzaba a adormecerse.

Aquí y allá todavía, en torno a las tiendas cerradas, un fuego de cedro perfumaba la atmósfera entorpecida.

Lella-Kedidja, aprovechando el sueño de todos, se desilozó silenciosamente fuera de la tienda paternal.

Intencionalmente o no, Ahmed-ben-Daud, aquel en cuya casa se reunían los adeptos del nuevo profeta, había levantado la suya apartadamente, en un terreno cubierto de esas altas hierbas saharinas, llamadras, que proporcionan a los nomades un buen forraje.

Lella-Kedidja, acurrucada en lo más espeso del campo de dris, vio pasar bajo el cielo sin estrellas fantasmiales siluetas que penetraban con religiosos gestos en la tienda de Ahmed. Contó primeramente seis. Luego apareció un séptimo, a quien, por la manera de andar y por la estatura, reconoció subitamente. Era Sliman.

De la tienda partían entonces cantos gongueros, la misma fórmula cien veces repetida de la confesión de fe musulmana: —No hay más dios que Alá!

Salmodiaban los nombres mesuradamente, en diferentes tonos, como es de uso en las mezquitas.

Nadie más entró en la tienda, sin duda porque se hallaban en ella todos los afiliados.

Lella-Kedidja se aproximó arrastrándose.

Una desgarradura finísima permitía a la mirada filtrarse en el interior. Lella-Kedidja retuvo su respiración, aguzó su mirada.

A las salmodias anteriores había sucedido un sonar de tambores y tan-tanes golpeados cadenciosamente. De pronto, Ahmed-ben-Daud se levantó e inició la danza religiosa. Eran violentas y sacudidas oscilaciones de la cabeza y del tronco, acompañadas de invocaciones litúrgicas. Otro se levantó después de él, luego un tercero; pronto fueron cuatro, luego seis los que participaron con frenesí místico en la danza sagrada. Sliman permanecía solo, inmóvil, sentado a la mora detrás de los tocadores de tan-tan.

Ahmed-ben-Daud se apartó bien luego de la danza que los otros seis, con frenéticas contorsiones, prolongaron durante media hora.

La capuma subía a los labios de los danzantes en un estre-



meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

Dichas estas palabras, Ahmed-ben-Daud se aproximó al primero de los hombres dormidos y le hundió un puñal en el vientre.

El puñal sacado, ninguna sangre brotó.

Al segundo adepto y al tercero, un negro que antes había estado tocando el tambor, presentó tabletas de cactus erizadas de sus punzantes espinas. Los dos asnaus mascaronas sin repulsi6n ni aparente dolor. La sangre con el jugo del cactus chorreaba de sus labios hasta las negras barbas, pero una sangre tan pálida, tan descolorida, que podría haberse confundido con el mismo jugo de las plantas.

Al cuarto y al quinto fueron las presentadas bestias repulsi6nas: víboras y escorpiones. Y, con horribles cruji6dos de mandíbulas, los hombres las trituraron y las tragaron.

Lella-Kedidja temblaba de horror en su escondrijo.

Fueron repetidas las vociferaciones. Luego, el mismo su-

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

de los clavos figuraba una mano de Fatma, emblema de los verdaderos creyentes.

Sidi-Aisa llamó al cuartel de sus fieles.

Pero fueron cuatro soldados de Magzen quienes, cimitarra en mano, invadieron la casa del profeta. Venían, en nombre del sultán, a poner término a la inmolación de hombres, que hacía media hora el clamor público denunciaba en toda Fez.

El profeta explicó con pocas palabras la verdad, tal como acababa de confesársela a Sliman. Cerciorados de que en efecto no había degollado más que a corderos, los soldados cesaron de amenazar y volvieron a sus lamas flameantes a las vainas.

—Sí —afirmó aún el anciano— tres hombres entraron en casa: Ahmed-ben-Daud, Ali y Slim-ben-Omar. Ellos pueden manifestar que nadie más ha entrado en esta casa. Pueden revisarla; no encontrarán cadáveres ni ser viviente alguno más que nosotros cuatro.

Con esa seguridad iban a retirarse los soldados, cuando el jefe de ellos señaló con un gesto una sombra que detrás de una gruesa columna se recortaba sobre el fondo del claustro asoleado.

Uno de los soldados fué en seguida hacia esa sombra y llevó a plena luz a una joven temblorosa que disimulaba su rostro con el haik.

—¿Quién es ésta? —preguntó el profeta con voz cuyo acento de cólera iba subiendo de punto—. Todos saben en Fez que mujer alguna franqueó jamás mi umbral. Muestranos tus ojos y dínos quién eres, qué haces aquí.

El velo se entreabrió y Lella-Kedidja mostró su lindo rostro de berebere, sonrosado de emoción.

—Soy —dijo— Lella-Kedidja, hija de un santo marabú, sobre el que Alá derrama todas sus bendiciones. Sliman-ben-Omar, que está presente, me tomará por esposa. Por eso, como yo estaba inquieta de verlo partir por Fez, lo seguí, y he aquí para qué, oh profeta, busqué y conseguí desfilarme hasta el interior de tu casa.

—¿No tienes, entonces, fe en la misión de Sidi-Aisa? —preguntó duramente el anciano de ensangrentado alboroz.

Lella-Kedidja se calló y bajó la cabeza, pues había visto una gran ira, un amenazante reproche en los ojos de Sliman.

El profeta elevó la voz para dirigirse esta vez a Sliman-ben-Omar:

—¿Estás tú decidido a llevar mi rosa? —dijo.

—Sí, sí —respondió Sliman con voz firme.

—¿Crees que yo poseo todos los poderes de Alá para conducirte a su paraíso, si me obedeces ciegamente en el mundo? —Sí, sí —repitió Sliman.

—Bien. Para probar tu obediencia y tu fe, te pido que sufrifiques a esta mujer, que la olvides, que no pienses más en tomar como esposa a Lella-Kedidja.

Sliman-ben-Omar cerró sus bellos ojos negros y, con voz grave, con voz de creyente, pero en la cual temblaba sin embargo cierto íntimo y profundo pesar, respondió por tercera vez: —Sí, sí.

Entonces se oyó un gran grito, un grito atroz de desesperación, parecido al llamad6 de los que se ahogan. Y sobre las losas ensangrentadas se desplomó invierte Lella-Kedidja.

Dos de los soldados del magzen que habían asistido a toda la escena, se precipitaron para socorrer a la joven y la recogieron, desfigurada por la sangre ya cuajada proveniente de los corderos degollados.

El emocionante espectáculo arrojó gran turbación en el alma de Sliman. Visiblemente, fuerzas contrarias combatían en él, cuyo choque, violento sin duda, ponía sobre su rostro impasible de musulmán, expresiones nuevas, sucesivas, en las que, luego de atormentada vacilación, se revelaba una suprema angustia.

De un salto precipit6se hacia la joven, la tomó de los brazos de quienes la sostenían y la estrech6 apasionadamente sobre su corazón.

—¿Lella-Kedidja! ¿Lella-Kedidja!

Y hasta cuando volvió a abrir ella los ojos, posó sus labios sobre los párpados de pestañas pesadas de kol, y allí los mantuvo en un beso ferviente.

Entretanto el profeta, que había observado desde el comienzo la fisonomía y los gestos del nuevo discípulo, tomó la palabra y, con una voz que había perdido sus sonidos naturales y se había súbitamente endulzado, dijo:

—Sliman-ben-Omar, ya que, amando a esa niña, estabas listo sin embargo a separarte de ella para siempre, a sacrificarla a los deberes de mi cofradía, ¡hévela y cístate con ella. Partid juntos, y que la bendición de Alá sea sobre vosotros. Comiendo el cordero de Sidi-Aisa, pensaréis que el viejo profeta no es enemigo de la felicidad terrestre. Sólo Alá es Alá. Volved juntos en paz a vuestro aduar.

Y así fué, refrenó la leyenda, como Sidi-Aisa, fundador de la célebre cofradía de los asnaus, se privó de un discípulo para que hubiera dos acres felices.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

meamiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncacos como esteriores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

En ningún país como en Marruecos, en su región de Fez, el celo religioso se ha conservado, con tanta intrínseca, el fanatismo musulmán. Su compromiso con que singular mezcla de astucia y de violencia los profetas del Islam consiguen la confianza de sus discípulos ciegos dispuestos a todos los sacrificios. Escombros tan particulares para educar una historia de amor joven y ardiente, el autor de esta novela nos ha brindado un relato notable igualmente por la pintoresco del éxtasis y la intensidad de la emoción.

POR
REMY SAINT - MAURICE
ILUSTRACION DE PABLO VILLI

El Suicidio es la Cortesía de los Reyes



KREUGER

hambre. De su muerte no se hablará como de un misterio. Se enviará simplemente su cadáver a la morgue.

Para los simples mortales el fin de cinco o diez reyes no es un misterio; es solamente la prueba de que la moral de los gentilemen está limitada a sus apellidos. Se puede con fría curiosidad contemplar, esos enormes pólipos que se destruyen bajo el agua. La historia tiene su moralidad. Los hombres que inventaron para sus esclavos el trabajo a la cadena, mueren en serie. Es una buena muerte estandarizada, situada a mitad de camino entre la prosperidad fraudulenta y la revolución retardada.

La serie empieza con Yván Kreuger. En vida le gustaba ser siempre el primero. Sin aliento corría de un banco a otro: Buscaba la salvación. No obtenía más que rotundas negativas. Se esforzaba todavía en sonreír. Parlamentaba directamente por teléfono, e enviaba telegramas trágicos, impaciente extendía su sombrero a los lacayos obsesivos. Decía que su pérdida sería el comienzo de la catástrofe general. Refutaban sus demandas con tristes suspiros: "Nosotros deploramos mucho que las circunstancias no nos permitan...". Los detectives lo seguían de cerca. Los otros pólipos vigilaban. Kreuger envió otro telegrama y sostuvo otra conversación. ¿El quería vivir? Pero los gentilemen tenían hambre.

Kreuger entonces entra en una armería. Fide el revólver más grande y compra muchas cajas de balas. Por costumbre, el compra todo al por mayor: Los Estados, los fosforos, las conciencias, la muerte. Pero le bastó con una sola bala. El resto lo dejó a sus herederos.

Grandes honores fueron rendidos a sus cenizas: Los periodistas horaban "la inocente víctima", a los bolistas tomaban bromo. El Parlamento succionó la moratoria. Fue entonces que se supo que Kreuger había impreso varios títulos de Estado. Hubo una gran indignación entre los gentilemen: ¿Lo que puede hacer un Ministro, no está permitido al Rey de los Fosforos. Así los bandoleros de otros tiempos se dividían los caminos.

La "inocente víctima" fue rápidamente bautizada con el nombre de "Rey de los Estafadores". Los periodistas cambiaron la dirección de sus artículos; las coronas, todavía frescas, debían sentir el perfume de las flores, pero su ofato experimentado percibía ya otros olores.

En la caja de hierro de Kreuger se encontraron los falsos títulos; sobre su mesa había un

falso teléfono con el que finalizará hablar con Londres y New York, mientras que en realidad no hablaba con nadie: era un "bluff" para los visitantes inocentes. Los diplomáticos y los representantes de la Santa Iglesia se emocionaban: ¿Cómo tocar una semejante competencia: falsas obligaciones; teléfono falso? Un céptico, con desconfianza frota un fosforo: ¿podrá éste ser falso?

En el espacio de pocos días, en los Estados del Báltico se suicidaron cuatro personas. Eran personas acomodadas. El derrumbe de Kreuger no les da

por
ILYA EHRENBURG
ILUSTRACION DE PREMIANI

no mes, en Rochester, se oyó un tiro de revólver. Era George Eastman, el Rey del Film, que ponía fin a sus días. Tenía 35 años cuando ganó sus primeros cinco dólares. Los puso en seguridad en un Banco y abrió una cuenta corriente. Tenía treinta y siete años; cuando se decidió a cerrar su cuenta. En esa época invitó a varios amigos a almor-

zar. Luego se retiró a una pieza vecina y se mató.

Se consideraba un bienhechor de la humanidad. Sacrificaba sus dólares para subvencionar escuelas de música y clínicas odontológicas. Iteppillia a sus obreros con igualdad y por ideas marxistas. Cuando en Rusia estalló la revolución, todos sus obreros tuvieron que prestar, por escrito, un juramento de fidelidad al capitalismo. Había iniciado una lucha



jó más que un paquete de hojas inútiles. La muerte de estas personas fue anunciada en los diarios con pequeños caracteres. Ellos no eran pólipos; eran unos vulgares lagos. Otros dos o trescientos hombres se suicidaron empujados por la desesperación y por el hambre. Ellos no tuvieron ni el honor de los pequeños caracteres. Eran unos simples infusorios.

Kreuger se suicidó el 12 de marzo en París. El 14 del mis-

mo mes, en Rochester, se oyó un tiro de revólver. Era George Eastman, el Rey del Film, que ponía fin a sus días. Tenía 35 años cuando ganó sus primeros cinco dólares. Los puso en seguridad en un Banco y abrió una cuenta corriente. Tenía treinta y siete años; cuando se decidió a cerrar su cuenta. En esa época invitó a varios amigos a almor-

zar. Luego se retiró a una pieza vecina y se mató.

Se consideraba un bienhechor de la humanidad. Sacrificaba sus dólares para subvencionar escuelas de música y clínicas odontológicas. Iteppillia a sus obreros con igualdad y por ideas marxistas. Cuando en Rusia estalló la revolución, todos sus obreros tuvieron que prestar, por escrito, un juramento de fidelidad al capitalismo. Había iniciado una lucha

que media un metro y ochenta y siete de altura.

Su trust comprendía docenas de ciudades anónimas. Le gustaba mucho la música y se entretenía en tocar con el órgano sin abrigos. Le gustaba también bañarse en el agua helada y para esto se había hecho conseguir una pileta de mar, cuyo único adorno era un cuadro de Rubens. Era un esteta y un estocico.

El 29 de abril se publicó el balance del trust. El mundo no compró las navajas, se dejó de usar las navajas, se dejó de usar las barbas. Los competidores habían trabajado bien y esperaban el momento en que el Rey de las navajas se cortara la garganta. Pero Kunrich no hizo los trágicos "cerros". Agarró un mango escopeta y se paró en el medio del salón... Se oyeron dos detonaciones...

El 8 de marzo se suicidaba el Rey del Acero, Donald Ribierson. Tenía sus usinas establecidas en diez ciudades de los Estados Unidos. Hacía donaciones a los niños de huérfanos. También un erudito al gobierno de los Estados Unidos. Estudiaba el perfeccionamiento de los medios de defensa contra los submarinos y era miembro de seis clubes. Cuando empezó la crisis fue presa de una gran neurastenia. Él podía luchar con los submarinos, pero no con la historia. Su cuerpo, con la cabeza atravesada por un balazo, fue encontrado por la mañana en su alcoba.

Cuando murió tenía 47 años y en la carta que dejó, hablaba de la fatiga.

El 28 de mayo, el Rey de las carnes en conserva, Mr. Swift, se levantó, como de costumbre, a las seis de la mañana y, como siempre, pidió su desayuno y el diario. Chicago se renombra por su "corned beef", pero en Chicago hay también el sol, y esa mañana éste brillaba en todo su esplendor. El chófer estaba en la calle esperando y al conductor del auto paseaban unos desocupados. Mr. Swift se asomó a la ventana y se volvió pensativo.

El Rey de las carnes en conserva era uno de los magnates de Chicago. Había fundado varias usinas para la producción de acero inoxidable y en ellas trabajaban millones de obreros. Sus usinas aquí las perfeccionadas producían medio millón de hojas por día y Kunrich se alababa de afeitarse al mundo entero mientras él no se afeitaba. Tenía una barba de profeta y una estatura de atleta. Verdadero gentleman, no le gustaba hablar de sus capitales, pero se complacía en decir a los reporteros

que medía un metro y ochenta y siete de altura.

Su trust comprendía docenas de ciudades anónimas. Le gustaba mucho la música y se entretenía en tocar con el órgano sin abrigos. Le gustaba también bañarse en el agua helada y para esto se había hecho conseguir una pileta de mar, cuyo único adorno era un cuadro de Rubens. Era un esteta y un estocico.



EASTMAN

★ En el País de la Mentira ★

El País de la Mentira, cuyas fronteras se agrandan definitivamente, existe en una de las márgenes del río Paraná. Más que un círculo sombrío, fue un ingerto recortado del individualismo español. El indio, ya incapaz en 1700, de oponerse al avance de los buscadores de oro, recurrió a la astucia intuitiva que le hemos heredado, para defender sus amplios dominios. Sabía perfectamente que en el corazón salvaje de la selva, las fieras y las inclemencias del tiempo aguardaban la llegada de los conquistadores y contra estos aliados de la muerte lanzó a ejércitos enteros, sonriente, insatisfecho en su venganza, cruel siempre, sin sospechar, siquiera, que originaba, así, la fundación de nuevos pueblos y la sumisión de sus propios hermanos.

La primera noticia de su existencia real, nos la dio el padre José Guevara, joven cronista de la Orden de Jesús, que vino al Río de la Plata con la misión de reemplazar al ya famoso historiador Pedro Lozano. Guevara, evanescido por anteriores triunfos en España, a una edad en que otros recién comienzan

su carrera literaria, y más peyorista que historiador, se vio obligado por las circunstancias a seguir el camino que había abierto su antecesor. Ya estaba en América. Su suerte había superado a la de don Miguel de Cervantes, que no logró del rey la merced de un viaje rentado a Indias. El panorama seductor de estas tierras, tenía para él la consistencia de un espejo divino. Venía a vivir los horizontes, las selvas y las cumbres. Podría toda su devoción en los atardeceres, tranquilos de América y estamparía sus palabras en el bronce de sus obras futuras, que él sabía inmortales.

Y su ingenuidad de poeta místico, de joven orgulloso, de cronista atendiéndolo lo condujo a las márgenes del río Paraná, ya iniciado en la árdua tarea de ampliar la historia de Lozano, donde iba a ser intérprete de acuerdo con el ritmo de aquella época, de uno de los más hermosos cuentos en las obras de Goethe.

El no venía a América a dejarse arrastrar por el desenfrenado materialismo ni la profunda turbación que cegara a los fracasados conquistadores de la Trapalanda o la Ciudad de los Césares. El fray José Guevara, estudianta y meditativo, como en los cuentos de hadas, ante un desfile de árboles frondosos, sin abandonar jamás el perfumado ambiente de aquella escena, tantas veces soñada.

Establado con tales pensamientos, luego de recorrer las provincias de Santiago del Estero y Tucumán, entró por las

rutas del Chaco, a dialogar un buen día con un indio de la región guaraní, acerca de sus costumbres y sus creencias. El indio, rayado, sin duda, la exquinta, frialdad del monje y meditando en las infelices palabras de un relato irreal, lo llevó dócilmente hacia el límite de la fantasía.

El fraile no hacía más que preguntar y anotar. El indio afirmaba siempre, desenredando con habilidad sus respuestas. Influenciado tal vez por los novelones del siglo XVI, fray Guevara ensayó una incursión audaz.

—Téngis noticia, acaso, de que existen o existieron en estas tierras de Dios y de S. M. el Rey, gigantes fabulosos? — preguntó.

—Existieron, padre — respondió el lenguaraz.

Y entró a describir el país de los gigantes, con palabras tan comunicativas, que el alma del fraile se fue posesionando de toda la humanidad que el indio ponía en su relato. Había en este un voluntarismo y criminal desdén. ¿Se lanzaría el padre Guevara a la aventura, de un singular encuentro con los famosos gigantes creados por su imaginación solapada? En su escuela cultura, abrigaba la secreta posibilidad de una expedición que lo libertase de la esclavitud que ya estaba sufriendo; y hablaba, cada vez más entusiasmado, cada vez más explícito, creando regiones, ríos, bosques, montañas, razas y sendas desconocidas.

Feroz el padre Guevara exigió pruebas concretas y el indio se los presentó días después, empujando siempre en convencer al fraile. Era un enorme moler, casi petrificado, que dijo haber encontrado sobre el río Carcarañá. El cronista de la Orden de Jesús, que no había dormido varias noches envuelto en el torbellino de sus fiebres de gloria, exhaló un grito de asombro y con la mequindad del avaro que huye de la luz, se encerró en la alcoba de barro que ocupaba, y escribió con toda solemnidad el siguiente párrafo que encontramos en la página 13 de su obra "Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán", edición de 1882, prologada por Andrés Lamaz:

"Los gigantes, torres formidables de carne, que en sólo el nombre llevan el espanto y el asombro de las gentes, no se hallan al presente, pero antiguos vestigios, de tiempo en tiempo se descubren sobre el Carcarañá y otras partes, evidenciando que los hubo en tiempos pasados. Algunos convencio-

dos con las reliquias de estos monstruos de la humana naturaleza, no se atrevieron a negar la realidad de la verdad; pero retrotraen sus existencias al tiempo diluviano.

"Yo me empeñaré en probar — agrega este nuevo Amadri de Gaula con sotana y tonsura — que los hubo antes del diluvio; pero es muy verosímil que después de él, poblaron el Carcarañá y que en sus inmediaciones y barrancas tuvieron lugar su sepultura."

Y para convencer a los demás de lo que estaba convencido, por la astucia del indio, el padre Guevara dice a continuación:

"Lo cierto es que de este sitio se sacan muchos vestigios de cráneos, muelas y canillas que desenterran las avenidas y se descubren fortuitamente. Hacía el año 1740 vi una muela grande como un puño, casi del todo petrificada, conforme en la exterior textura a las muelas humanas, y sólo diferente en la magnitud y corpulencia."

"Con que pudor habría borrado en esta época semejantes afirmaciones! El sabio Ameghino, con la noticia de este candoroso cronista de Indias, llevó dos siglos después a los museos argentinos los restos incógnitos de los animales antediluvianos que poblaron las márgenes de nuestros ríos.

Pero no temía aquí la encantadora fantasma que agrandó el alma simple del sucesor de Lozano. Meses después, encontrándose aguas arriba del Paraná, entró en relación con otro lenguaraz de la misma tribu. Ya tenía el fraile datos sensacionales de la existencia de gigantes en América. Le faltaba completar su información con la ubicación lógica de un país de pigmeos. Según él, la naturaleza, tan sabia en domos y carnicerías, no podía fallar en estas tierras maravillosas y con la admirable ingenuidad que le acompañaba hasta la muerte, interrogó al nativo con resultados sorprendentes. Oigámoslo:

"Por el lado opuesto — dice — se ofrecen los pigmeos, diminutos de la naturaleza que aspiran a ser hombres y nunca salen de hombrecillos. El autor de la Argentina, manuscrita, los coloca en los confines de los Xarayes y los hace moradores de cuevas subterráneas. Otros los internan en el corazón del Gran Chaco; y esta opinión muy válida en otros tiempos, ayiva una carta del padre Juan Techo — otro ingenio — escrita en Miraflores en 11 de Mayo de 1757. En ella dice que los

chiriguano sacaron un pigmeo muy chico. No quisieron decir en que parte del Chaco habitaba, pero añadían que sólo de noche salen a buscar qué comer, teniendo que, si de día desamparan sus cuevas, serán acometidos por los pájaros grandes."

La unidad de este párrafo escapa a toda lógica para posarse como un pájaro loco, sobre las torres de la fascinación o la poesía.

El dramático temor de los pigmeos de América, a ser devorados por las aves del Gran Chaco, es una página maravillosa de las Mil y una Noches. ¡Felicidad de él que vivió sabiendo de ahí un nuevo encanto!

Peró, ¿la qué conclusión arribó el joven cronista, después de tan bellas incursiones?

No pudo ser más desastrosa, por cierto. Indagando lo que habría dado pie a uno de los libros más fantásticos de la Conquista del padre Guevara llegó, con el tiempo a la triste convicción de que sólo había dado crédito a una tribu del Chaco que hacía culto de la mentira, aun entre sus propios individuos.

Peró su caída estrepitosa a la realidad del País de la Mentira, debió haber sido tan brutal e inesperada, que le privó del ánimo de sacar de ello el provecho que era de esperar. ¿Qué reatos hermosos se habrán perdido así! El ingenio de los indios de América, sobre todo de los que poblaron las márgenes del Plata y los valles del altiplano, fue tan prodigo en creaciones alucinantes, que las pocas leyendas que han llegado a nosotros — las que dan deta-

lles de originalidad a nuestro folklore — conservan todavía la atmósfera vigorosa de su florecimiento.

El padre Guevara no vislumbró esta modalidad de la psicología aborigen. Le faltaron cualidades de penetración. Era un idealista con alardes demasiado esquemáticos, y en vez de explorar esas facetas de la mentalidad indígena, se enfocó tanto, que en la página 14 de la obra citada, trema contra los indios chiriguano, a los que trata de "gente infiel y nada para urdir engaños, tan acostumbrada a la mentira, que mienten y desmienten en pocas palabras, por el interés de cualquier cosa baladí".

Lejos estaba, pues, de abarcar esos sectores del alma americana. El indio, como lo dejamos dicho, mentía por reflejos instintivos, para defender sus tierras y su libertad. La mentira en sus labios no era otra cosa que aquella sutil simulación de que nos habla Ingenueros. Hacía de ella una "arma poderosa para las especies vivas en la lucha por la vida". Mentía con dignidad, sometido al suplicio de pensar y de crear, como los grandes maestros, contra sus primeros verdugos.

que los negocios del difunto, eran excelentes y que el número de obreros ocupados en sus fábricas sólo había sido disminuido en diez mil.

El mismo Bata no podía agregar nada a esto. ¿Qué lastima! En vida, le gustaban los afonismos y había publicado también un libro de pensamientos escogidos. No contento con explotar a sus obreros, les hacía soportar sus disertaciones sobre el sentido de la vida y la felicidad del trabajo.

¿Qué hubiese dicho, viendo su propio cadáver, cuando, en el verano de 1932 las fábricas cerraban sus puertas y los bancos sus ventanillas, y cuando la gente empezó a caminar con los zapatos rotos y los reyes empezaron a caer como hojas de otoño?

Puede ser que lanzando uno de sus afonismos hubiera exclamado: "¡Si! la vida es una verdadera novela!"

¡Peró para qué dar tanta importancia a esta filosofía de los divididos, a esta mística de los "Krachs"! Para nosotros la vida de ellos no es una novela; es una lección de zoología: unos pólipos bien alimentados y bien cuidados se comen sabiamente entre ellos.

Sueño en el día en que el último rey será declarado: Ejemplar antiguo digno de ser conservado. Este postorá ser el Rey de las ligas de los zapatos o el Rey de la goma de mascar.

Se le pondrá en un escritorio y se le dará un ejército de obreros de plomo, un teléfono sin hilos, una pequeña alcancía a fin de que pueda poner sus donaciones para los orfelinatos, una caja de hierro y muchos papeles. Depositará su balance, escribirá sus pensamientos y gritará a los obreros de plomo: "¡Miramos, es el trabajo a la cadena!". ¿Por qué no dar a semejante rey también una pequeña cadena? Para le llevarán telegramas sin texto. El timbre de la puerta tocará sin descansar, y sobre la misma el custodiano, concienzudo pondrá un vasto cartel: "Museo de las costumbres del fin del capitalismo". Las ventanas de esta pieza estarán cuidadosamente cerradas. Al Rey no le dejarán ni cuchillo ni tiradores, a fin de que no se pueda suicidar.

Un estudiante vendrá en excursión y preguntará al profesor: "¿Y cómo han terminado ellos?" El profesor le contestará: "En un principio, ellos se limitaban entre sí, esto se llamaba "suicidio" o "muerte misteriosa".

El hijo del suicida, que se encontraba en su puesto de escafo de la Continental Bank, volvió rápidamente a su casa y ante el cadáver de su padre, declaró: "Es un accidente. Mi padre habrá querido abrir la ventana y se habrá ido al suelo. No tenía ningún motivo para suicidarse, pues los negocios del trust son completamente satisfactorios".

El muerto no pudo contestar. El Rey de los calzados, Thomas Bata, se levantaba aun más temprano que el Rey de las conservas: A las cinco. Ni él ni sus obreros debían perder tiempo. El 12 de julio se levantó más temprano que de costumbre, a las cuatro de la mañana, y fue en seguida a su aeródromo. Tenía que salir inmediatamente para Suiza. El piloto le dijo que la niebla estaba aún muy espesa. Bata se enojó. El avión levantó vuelo: se sabía muy bien lo que significaba una orden del Rey del calzado. El avión volaba muy bajo. Se dijo más tarde que Bata quería inspeccionar los trabajos de sus fábricas. Se oyó un ruido espantoso. Los obreros salieron para ver lo que había pasado y se encontraron con dos cadáveres. Las manos del piloto estaban crispadas sobre los comandos. Se pudo demostrar que al momento del accidente Bata estaba parado. Nadie pudo nunca decir lo que había pasado allá arriba.

Dos meses antes de su muerte, los diarios habían recibido un despacho: "Bata se ha aplastado mientras volaba hacia la India". Aquellos periodistas que tenían buen olfato no publicaron esa noticia: no aceptaban más que la publicidad paga. Esa no era, publicada. Era una repetición general. Bata tenía horror a la psicología y maldecía la literatura rusa. En sus almohenes exponía uno de sus profundos pensamientos: "La vida no es una novela".

Los herederos del Rey del calzado tuvieron miedo que las acciones, a su vez, siguieran su mismo camino y proclamaron

No puede seguir. La emoción lo sofoca. Se le da un vaso de agua. Al fin puede continuar.

—Señores: un "gentleman" ha comido a otro "gentleman"! Después de esta escena, el corresponsal inglés, lleno de indignación, abandona el teatro.

Han pasado siete años. Nadie, por supuesto, ha preparado su almuerzo con carne humana. Hay todavía en Europa suficientes ruminantes, ovejas, cerdos y asnos. Las decoraciones en los teatros europeos no se pisan por el escenario sino que quedan en su lugar. Se puede también decir que ellas son inmóviles. Que ya la revolución etnográfica se ha cumplido: Los gentilemen con un apetito flagrantemente han empezado a devorar a los otros gentilemen.

Existe sobre la tierra un cierto número de simples mortales que no son ni Reyes del Petróleo ni Reyes del Tocino. Si alguno de estos mortales se suicida, no escoge para esto ni un "miercoles negro" ni un "viernes negro", se colgará por lo tanto también en día domingo. Su preocupación no son los dividendos. Es capaz de tirarse al agua simplemente por tener



ARLOS ABREGU VIRREIRA
ILUSTRACION DE RECHAIN

ARLOS ABREGU VIRREIRA
ILUSTRACION DE RECHAIN



El Acusado Silencioso

por L. Eduardo Pombo
ILUSTRACION DE G. U. J. A.



de indiferencia. El peluquero compadre que había tenido "un cambio de palabras" con Rosendo, hizo su chiste entre irónico y satisfecho: —Pero, che, Liborio, mirado vos, si no parece un chalevo desabrochado. —No hay más, el viejo lo sabía todo, se lo hizo limpiar, —argumentó el otro que conocía muchos "díceres" de aquellos amores contrariados y de la "oposición" que le hacían en la casa de la novia. Rica Pata era un paisano fornido y camorrero que le había dado mucho que hacer a la justicia. Para esa justicia simple, sin tanta abogacía del pueblo de San Antonio, le servía muy bien. Con malos antecedentes, sin mayores hábitos de trabajo, con incontables borracheras de escándalo y descasto, se hacía el más cómodo sospechoso. El periódico local elogiaría después "las diligencias tan acertadamente dirigidas por las autoridades, para el completo esclarecimiento del hecho". Buscan a Rica Pata en "su sitio", como le decía él a su rancho. No lo encuentran. Apenas a Natividad, la hija, una maravilla de crullita precoz de 18 años, generosa con los mozos fuertes, como la perra con los cachorros. No sabe nada. Llegan dos vecinos del cururo, que a las cinco y media sintieron un tropel y uno de ellos sentándose en el catre, vio pasar un emponchado a todo galope. Al mediódía el asunto está muy conversado. Empezan las dudas. Hay datos contradic-

La víspera al anochecer el padre dejó el rancho afuera y salió como a las cuatro de la madrugada para San Antonio. Al caer la tarde, la policía, en el Paso del Laurel, prendió a Rica Pata. Andó de botas y tiene manchas lavadas en el poncho y en la camisa. En la corona del recado una mancha de sangre y dos más grandes en la jerga. Ahí no más el comisario lo estaquea y le hace cimbrar el maneador que se hunde en sus muñecas. El gaucho no larga prenda. Está "emperrao". —Esto es poco; hay que hacerle conocer el machete, piensa el comisario. Con el dibujo de los sablazos en la espalda, con los pies y las manos maniatados, promete hablar al letrado de la justicia. El comisario empieza a saborear su triunfo. Para los que lo rodean y para el juez de paz ya confeso, aunque no quiso decir quien le había pagado la comisión. Pero todos saben que el padre de Flora es hombre de mucha plata y es caudillo. Lo madrugada porque la muchacha se le iba a escapar con él, es la opinión más aceptada en el coro de la hipótesis. Bien asegurado con el extremo del lazo que afirman en la argolla del cinchón lo llevan a la ciudad. Rica Pata llega con el ambiente hecho. Nadie duda: el matador de Rosendo Ortiz ha sido capturado y el crimen horrendo va a ser sancionado por la justicia soberana, la justicia que

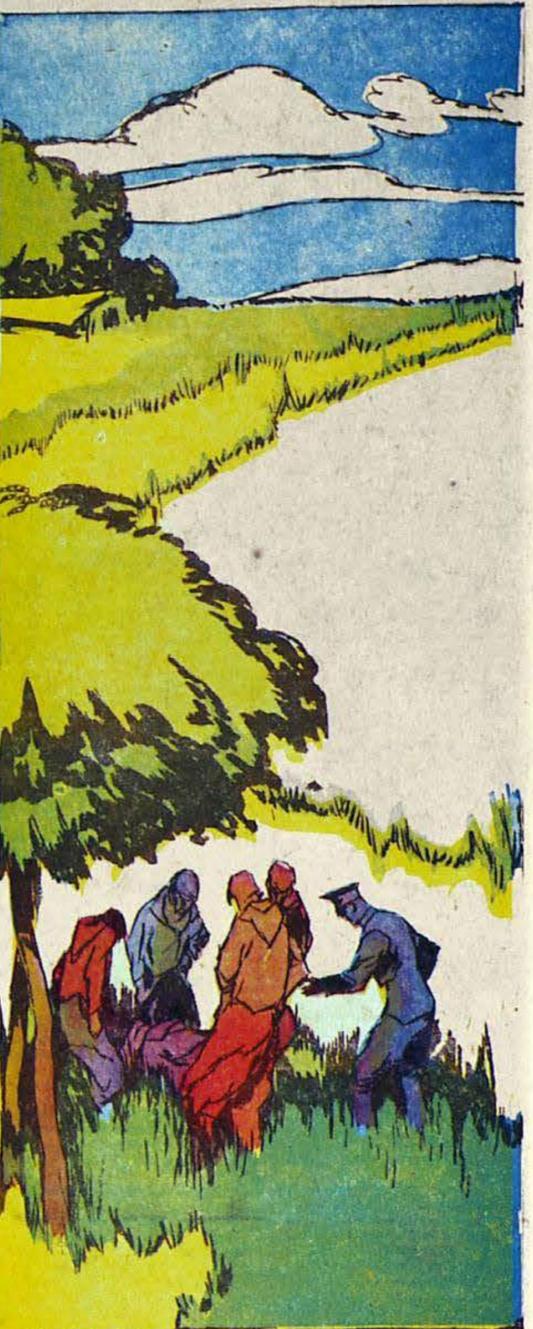
Siguó hablando. Aquel día se levantó a las cinco, sacó el apero del rancho, ensilló y a eso de las seis salió para el lado contrario del sitio donde apareció el cadáver. Cuando lo prendieron venía tropiando unas vacas que había ido a buscar a San Antonio, por encargo de Silvestre Silveira. Las manchas de la ropa, las del poncho y las de la camisa, se las hizo tres días antes del hecho, descorriendo unas terneras en el corral de Jacinto Pais, y él mismo se las lavó y Natividad las secó a plancha. Las de la camisa, la corona y la jerga eran de su dedo pulgar. Se lo había lastimado con un borde de la cabezada de plata del basto de su recado, al descarrillar en el Paso del Laurel. Las zapatillas las tiró al borde del cururo porque estaban rotas, un día que por encargo del juez de Paz llevó una citación a un vecino y antes de llegar a las casas se puso unas botas que llevaba colgadas del recado y que ese día había traído del remendón. El informe médico, dijo que la herida del dedo parecía un desgarrón aunque no descartó la posibilidad de que fuera de arma cortante. Se confirmó que había descorrido terneras, y que cuando entregó la citación iba de botas, pero esto no sirvió para nada: el juez de paz declaró que no recordaba si traía zapatillas cuando le dió la citación. La hija negó que le había secado a plancha el poncho y la camisa. Natividad negaba la verdad y un deseo escondido y una voluntad de la que únicamente el padre y la hija tenían conciencia, se cumplió. Así el padre no volvería a estar más junto a ella. A 27 años de cárcel condenaron a Rica Pata. —17 años! se repite a sí misma Natividad. Una hilera de dientes apretan, muerden el labio inferior y las manos se crispan en un gesto que tiene algo de súplica, algo de acción de gracias al dios que le trae el destino esperado en noches de odio. Vino la apelación, y en ella habló Rica Pata: —Mi hija miente pa verse libre de mí, porque es "querendona" con el primero que pasa, y yo la he castigao y la sujeto; miente, porque yo no saqué el apero del rancho al anochecer, sino cuando clareaba el día, miente cuando niega que no planchó el poncho mojado, por miedo a que se descubra que tuvo una criatura antes de tiempo, sobre el poncho, y para que no se supiese, le enterramos a los fondos del rancho, y miente en lo de la camisa pa estar en libertad de hacer el amor con el primer gaucho que pase. El sargento de recorrido duerme con ella cuando cruza el pago. Esta vez no fui yo. Se amplía la prueba. Se elimina la declaración de la hija. Se comprueba que la herida del dedo no es de arma cortante sino un desgarrón. Se analizan las manchas de sangre: no son de sangre humana. Se confirma el enterramiento con el hallazgo macabro y con el examen de la muchacha. Y se siguen acumulando pruebas y más pruebas que llevan a demostrar la inocencia de Rica Pata. Lo sabe todo San Antonio, todos los pueblitos del departamento, los diarios del Salto han dado la "primicia": Rica Pata es inocente y va a regresar al pago. Las manos de Natividad que se juntaron en un gesto intraducible de dolor y de alegría, cuando creyeron el regreso imposible, se juntan de nuevo y se apretan con las rodillas. Todo el horror y el desprecio y el asco y el deseo inmenso de correr y la angustia escondida en aquella primera declaración se apoderan de sus sentidos. Está sintiendo a su padre que la mira crecer, que la contempla de un modo extraño y tiembala, y lo ve aparecer y le siente la voz suplicante y autoritaria. Han pasado varios días. Se espera la llegada de Rica Pata. El crimen ha perdido toda su forma en el cerebro de la paisanita. Ahora son ellos los que tienen que decidir, los que tienen que juzgar y acusarse y pedirse y darse cuentas de los hechos y de las palabras. Rica Pata no volvió más al pago. En la cárcel murió, quince días antes de leerse la sentencia absolutoria. Ninguno de ellos había tenido el coraje de gritar que las manchas de sangre que traspasaron el poncho, eran del hijo de los dos.



Ya se habían cosechado las naranjas en el Salto uruguayo. Ni los azahares, ni las bochas de oro adornaban más el camino trillado que una San Antonio a la capital del departamento. El primer día de agosto amanecía turbio. Era trístico el verde de los naranjos. Sólo el cardo gozando la lluvia de la noche y la escarcha de la madrugada se regocijaba en un gris ceniza muy limpio. —Pasto pa los caranchos — pensó el carretero viendo el esqueleto de un caballo blanco tirado contra el alambrado. A veinte pasos de allí nombró al buey delantero con una voz que la bestia no había sentido nunca, con una voz corta y seca, que no era la lenta y cantada voz a la que venía obedeciendo desde hacía once años, andando, siempre andando. La carreta se detuvo. Allí mismo, en un zanjón casi cubierto de cardos el paisano contó diez y siete ojales en el cuerpo de Rosendo Ortiz, mozo medio pueblerio y medio gaucho. —El mismísimo Rosendo Ortiz, el novio de Flora, la hija del caudillo blanco, de esos blancos "mas blancos que queso de hual"! Cerca del cadáver pastaba el caballo de Rosendo con el apero manchado de sangre todavía fresca. No tardó en llegar el juez de paz y el comisario. Con ellos se acercaron al lugar del hecho, los vecinos que — por conjeturas — se habían inventado ya todo el crimen y lo aseguraban como si lo hubiesen visto. Aquella gente lo miró todo. No lo habían robado al difunto. Removieron el pasto y encontraron un par de zapatillas empujadas, viejas, zapatillas barbudas y muy grandes, muy grandes. Tenían que ser las de Rica Pata. Por algo llevaba ese apodo. La "autoridad" cumplió su cometido, ante la mirada de los asistentes, que siguieron todos los apuntes con un poco de asombro y con otro poco

rios. Traen de nuevo a Natividad para que declare. Entonces todo empieza a cambiar. La hija tímida y con un rencor escondido, que ni el juez, ni aquel comisario electorero podían percibir, responde al interrogatorio, dando detalles que se bifican perfectamente con lo acontecido. Toda la firmeza y la rotunda ignorancia de la primera declaración queda tambaleante. Ella quisiera como acusar al padre. No se atreve a hacerlo, es que tampoco lo puede. El juez, por encima de los anteojos, alcanza a sentirlo extrañamente angustiado. No se le ocurre pensar en nada. Lo cierto es que en medio de esa angustia, de esa tortura visible, no hay una lágrima, ni una súplica, ni una protesta.

nunca se equivocaba, sabia, honda, implacable, certera. El juez letrado recibió el expediente, dispuso el análisis de las prendas, otras diligencias más, y lo interrogó. Rica Pata estuvo sereno y su negativa fue firme. A los cargos que surgían de las declaraciones de la hija, respondió también con seguridad absoluta, pero hubo un momento en que guardó silencio y se quedó mudo y taciturno. Sólo él tenía el secreto, el tremendo secreto de aquella declaración, donde la hija no lo acusaba, pero en la que él, sólo él, sentía escondido un reproche más grande todavía que el del crimen que no había cometido.



El Mito de los Elfos

El primer tratado de mitología escandinava, la Edda prosaica — libro compilado a principios del siglo trece — distingue dos especies de elfos: los de la luz, que son más resplandecientes que el sol; los de la sombra, que son naturalmente renegridos y cuya mala entraña hace juego con su tenebroso color. Los primeros tienen casa en el cielo, pero los segundos bajo la tierra. Los segundos se han vengado de los primeros mediante una asombrosa longevidad: de los elfos de luz apenas si se acuerda algún mitólogo en horas de trabajo, los de la sombra tienen una fuerte clientela de ebacaperos, de folkloristas, de ilustradores de relatos fantásticos, de pescadores, de mineros, de leñadores, de abuelos y de nietos. En Inglaterra el pueblo les atribuye las flechitas de sílex, que la claridad de los antropólogos prefiere adjudicar al hombre de las cavernas, ente que muy pocas personas han visto: cosa que no sucede con los elfos, que hasta los borrachos conocen y juran haber frecuentado. Dicen que emplean esas flechas contra la hacienda: sólida hipótesis que los estragos de la fiebre aftosa atestiguan. Dicen también que son los tejedores nocturnos de los remolinos del pelo y que fomentan pesadillas e insomnias. Los sin sabores de la noche les pertenecen: el postigo que se golpea, la isócrona canilla que medio cerrar, el solitario perro desvelado que hace desvelar a los hombres.

En Noruega y en el anochecer, los elfos suelen recorrer las montañas. Son largas procesiones de hombres grises de la altura del pasto. Alguno toca en el violín una pieza de Grieg, y otro brinda al turista un jatro de vino o un cuerno de rellena cerveza. Un trago de esos imprudentes brebajes y la montaña se abre como una boca y el convidado cae en su abismo.

De noche, los elfos suelen invadir el dormitorio, las alcenas y el comedor. El jamón y el arenque los atraen, las tortas y la leche cuajada. Es falso que desdennan, el aguardiente, los licores caseros, el café frío, el tabaco de mascar y el rapé. No rehuyen la buena conversación, rebotan sobre el vientre del interlocutor, escalan sus rodillas y sus hombros y le pelan a manotones la barba. Hay algunos tan refinados que asoman la cabeza por el cajón de la mesa de luz. Huelean a rata y visitan preferentemente de gris. En su dialecto (lleno de neologismos, por otra parte), ciertos filólogos han creído notar numerosos errores de construcción y una tendencia a equivocarse los tiempos del verbo. Los elfos dicen, por ejemplo, "Mañana me comió todo el jamón", o "Ayer vendré a jugar con tu novia". Inútil pretender luchar con los elfos. El mejor medio de ahuyentarlos es pisarles la sombra. Entonces se dispersan despavoridos, dejando rastros de verdadera sangre en el suelo.

Museo de la Confusión

En la sección "Se necesita un amigo", de la revista "El Suplemento", correspondiente al 11 de octubre, hallé el siguiente llamado:

Las circunstancias me han vuelto triste y amargada. Una desilusión me ha roto las alas de la bondad y la comprensión. No creo en nadie y no tengo la fuerza de voluntad necesaria para sobreponerme a lo irremediable.

Mi vida es una barca sin timón que navega a la deriva y que, empujada por las olas, se estrellará inevitablemente contra las rocas del destino.

Hombre o mujer que, con mano segura quiera encauzar mi barco, dirigiendo mis sentimientos por la ruta debida, lo espero. Yo soy joven, distinguida y he viajado mucho.

Que a esta señorita le hayan roto las alas de la bondad y la comprensión, puede ser factible, pero que viajara mucho en una barca sin timón, empujada por las olas a la deriva, estrellándose inevitablemente contra los acantilados, las rocosidades y el pedregullo, me parece poco probable por más que el naufrago sea joven, coriobés y distinguido.

Exótico y sencillo... ¡Rubén! ¿Rubén podrá ser todo lo que se le de la gana al señor Mayer, pero sencillo jamás. (No hablamos quedado en que era Verlaque y Diana, Teresa y Sancho, púdicos Quijote y sátiro con la alma de un orfebre?)

Más adelante y siempre inspirado dice el vate: Desfilan por tus versos, Tomados de las manos con las Virtudes blancas Los Principes del Mal, Un coro de Centauros, etc.

Creo que yo no me atrevería a presenciar un espectáculo, donde los principes del mal, tomados de la mano de una tropilla de centauros se dieran en cantar la "Donna inmóvil" o Giovinetta" y más bien protestaría ruidosamente por esa suplantación de Lily Fons, Benjamino Gigli y Giacomo Lauri Volpi por los desconocidos tenorinos Pangaré, Gateau o la diva Gabriela Petronconi. No pagaría ni veinte centauros por ver y oír esa función. El verso continúa:

Y es Poe el que transito por (tus poemas locos, Con paso vacilante, plerótico de alcohol.

Lo comprendo perfectamente a este caminante. Yo también tengo por costumbre, cada vez que me veo en la obligación de abrirme paso en la espesura de un poema loco, de ataviarme con profundos Wiskeys y solicitar la cooperación de numerosas vigilantes. Dice después el portalará, siempre habiéndolo a Rubén:

Tu canto es todo un Mundo, Tu líra es una Babel,

Me resulta bastante ridículo, el temor que embarga a ciertos.

Tiene razón el avezado crítico. Yo también declaro que he pretendido en mis años de febril y orgía: emular las proezas de D'Artagnan, penetrando a oscuras balcones de Villa Ortúzar escasamente a compaña de Porthos, acercándome a peligrosos baby parties asesorado apenas por Athes y Aramis y tratado en vano conquistar con dureza el corazón de ciertas empongas con una constancia bastante bonacieux. Pero todo fue inútil, al final caí vergonzosamente vencido ante el ímpetu irresistible del prior de un convento del Caballito. No es para todos la bota de Porthos.

En el mismo número de "El Suplemento", el inspirado crítico de la sección "Guía Cinematográfica", comentando el film "Las intrigas del Cardenal Richelieu", dice:

¿Quién, cuando niño, no se ha dejado llevar por la privilegiada fantasía de Dumas, padre del Quién no ha soñado, en sí mismo y en los hombres, con emular las proezas de D'Artagnan, con encontrar amigos como Porthos, Athes y Aramis, con amar dulcemente a una Constance Bonacieux rediviva, con servir a una reina venciendo a un enemigo poderoso como el cardenal Richelieu?

FOR

Anímula Vágula
Ilustraciones de Rodríguez

El Poeta sin Cuerda

FOR
SIMON BURIL

ILUSTRACION DE ROJAS

A LAS 24.45 de la noche del sábado, el poeta Joaquín Nicanor Cuerda se le había detenido el Longines de la inspiración, se le había acabado rotundamente la cuerda. En circunstancias en que incubaba la introducción para el tomo XXV de sus obras incompletas en prosa y verso, sobrevino una paralización subitánea del tráfico poético en la zona de las asociaciones y de los reflejos cruzados coordinados con aquéllas. En esas circunstancias el vate recordó que, desde la última vez que le hiciera, llevaba cosa de quince días sin probar ningún estupefaciente. Era muy verosímil que en un cajón del velador quedara el remanente de un gramo de alcaloide, que él solía emplear para acrecentar la productividad psíquica, para acelerar la cadencia poético-motora. Joaquín Nicanor experimentó una necesidad imperiosa, un imperativo categórico de lubricar los cojinetes de las bolas y los engranajes del gran simpático a fin de excitar por reflejo las zonas creadoras del encéfalo. El era como los himenópteros: necesitaba libar excitantes con objeto de poder segregar lo que él llamaba pomposamente verbos nobles.

Pero aquella noche se había decretado el paro general en las circunvoluciones, y merced consignarse el hecho de que no hubo ni siquiera una sola tentativa de rompeduela. Quizá no sea exacta la expresión para general, teniendo en cuenta que estábamos en presencia de un caso de cesación funcional completa, mientras que dicha expresión supone corrientemente la idea de temporalidad de continuidad ulterior de reanudación necesaria del proceso funcional normal. En el círculo de Joaquín Nicanor, sin embargo, se había producido un colapso total en las zonas mencionadas. La fuerza creadora de sus protoplasmas nerviosos había abandonado las regiones de la imaginación poética. No habiendo hallado un alimento vigorizador en las anfractuosidades de su encéfalo, las células habían desertado del campo de las operaciones psicotécnicas. Lo mismo que esas chivas montesas griegas, que pelan al rape las colinas del Peloponeso y luego se ven obligadas a migrar para continuar medrando.

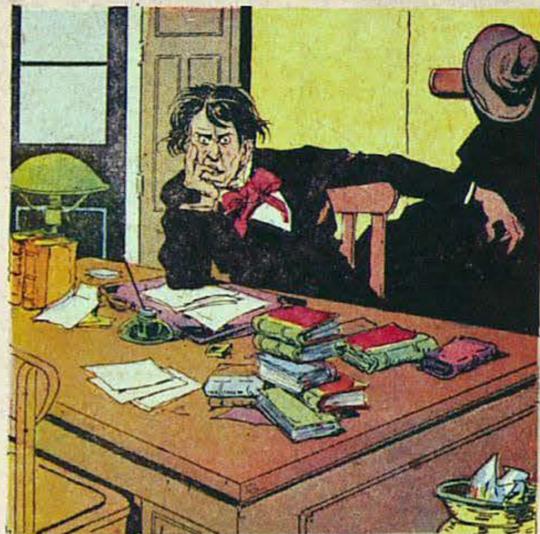
Joaquín Nicanor ingirió una dosis respetable de estupefaciente, susceptible en circunstancias favorables de asegurarle la secreción de unos cuantos sonetos alejandrinos. Pero esta vez el gran simpático no respondió a su nombre. Si bien es cierto que en el primer momento hubo una algarazca insolita entre las células nerviosas, al enterarse éstas de los sórdidos designios del aeda, se comuni-

caron instantáneamente el dato, y resolvieron no presentarse a la convocación estrepitosa del nimen. En verdad, le habían tomado un terror pánico. Cuando volvió a su casa a altas horas de la noche, después de haber deambulado por calles y por peñas, trujo el semblante sombrío y el espíritu predispuerto a las imágenes luctuosas. Las células se espantaban al verle entrar con paso de ratero en su habitación, temeroso de despertar a su musa que dormía en alguna parte de su aposento; se estremecían al

compran por unidad o docena. Precios excelentes. - dirigirse J. N. C., Carabobo 1454. Capital.

★

Al asomarse a la ventana exterior de su habitación, Joaquín Nicanor pudo sorprenderse de encontrar desde las 7 de la mañana una multitud extraordinaria de tipos de los más diversos: ex empleados, ex periodistas, ex peluqueros, ex seminaristas, ex compositores de tangos, poetas crónicos, cómicos de la legua, dos guitarreros cordobeses y muchas otras



verlo desvestirse, al encender su pipa legendaria, al ingerir un vaso preliminar de ajeno y al extenderse boca arriba sobre la cama para contemplar melancólicamente las volutas azules del humo dibujando nebulosas en el aire. Se horrorizaban con plena razón, porque el vate las martirizaba sin piedad. Para redondear una meliandra las sometía a cruces torturas a tormentos increíbles. Era el Torquemada de la poesía.

Nada tiene al fin y al cabo de extraño el hecho de que las células, cansadas de soportar las infamias del poeta, hayan acabado por abandonarlo un buen día.

Pero Joaquín Nicanor no se inmutó mayormente. Lejos de desesperarse por tan tremendo acontecimiento, creyó prudente consultar a su sencillo sentido común. El sabía que para terminar el tomo XXV de sus obras incompletas no era absolutamente indispensable que el continuase creando por sus propios medios. Hay un sinnúmero de enfermos que necesitan de una transfusión de sangre para seguir viviendo. No era difícil obtener la cooperación de los otros.

Como en fin de cuentas tenía ciertas nociones —aunque vagas— de lo que pasaba en el mundo, no ignoraba que había desocupación en todos los oficios, profesiones y órdenes de la vida. Sabía, o calculaba saber, que en el dominio de la creación poética era dable encontrar brazos inactivos, dispuestos a actuar por un salario mínimo. Joaquín Nicanor no vaciló ni un instante en adoptar la idea de una cooperación ajena y colectiva de la elaboración del tomo XXV de sus obras incompletas.

De allí a pocos días apareció un curioso aviso en la sección de los anuncios clasificativos de "La Prensa" (Oficios y ocupaciones diversas — Pedidos. Pág. 3, col. 4):
Ideas y temas poéticos, re-

peronas sin profesión definida. Al verle, la gente se abalanzó, ávida la mirada y prometedora de imágenes atormentadas. Cada cual traía su producción escrita; quien hasta dos kilos de manuscritos, y un individuo que resultó ser nacido en Catania, ex peluquero, agitaba con frenesí un rollo de una resma de papel de estraza, donde se desarrollaba un folletín melodramático.

Joaquín Nicanor los citó para el día siguiente, a fin de tomarse el tiempo de seleccionar los materiales favorecidos y poder distribuir la paga.

Apenas se hubieron marchado los hombres, en circunstancias en que Joaquín Nicanor se disponía a revisar las colaboraciones debidamente clasificadas e identificadas. Con el nombre de sus respectivos propietarios, sonó el timbre con un acento en cierto modo fatalista.

Joaquín Nicanor se encontró en el marco de la puerta con un liniero de presencia inteligente y sufrida que la capota de una victrola de plaza. El liniero le tendió la mano en la que tenía un rollo manuscrito de regular volumen.

Interrogado, el liniero declaró que venía a traerle un manuscrito extraviado que había encontrado hurgando los detritus de la quema.

El manuscrito no tenía título, y parecía tratarse de un diario, a juzgar por el orden en que estaban dispuestas las ideas del anónimo autor. No tenían fecha, pero se hallaban numerados los principales pasajes, en forma de capítulos.

Joaquín Nicanor se apresuró a leer algunos sin comprenderlos, pero firmemente resuelto a incorporarlos a título de originalidad al tomo XXV de sus obras incompletas. Recompensó al liniero providencial con un billete de cinco pesos y se encerró presuroso y exaltado en su habitación, con objeto de

saborear sin comprenderlos, los fragmentos del diario breve del poeta que se eliminó probablemente cuando empezaba a comprenderse.

He aquí algunos de los momentos culminantes del sintético diario:

"1. Empleo a sentir en mi imaginación límpida hasta ayer, los efectos del ayuno prolongado. He salido esta mañana para procurarme algo. Al llegar a la esquina me detuve ante la vitrina de una fiambrería para reponer mis fuerzas. La vista de un jamón despertó en mi imaginación una serie de asociaciones a la vez agradables y penosas. Asocié de inmediato primariamente el jamón a un diamante y luego al cottavidrio de un vidriero. Un trozo de cerdo ahumado me sugirió la idea de un cerdo huyendo enloquecido por la puesta de una pieza llena de humo... Sin embargo soy incapaz de tomar una decisión práctica. ¿Porqué? Precisamente porque soy poeta.

"2. Tengo la desgracia — no sé hasta qué punto — de no haber aprendido un oficio, y de no haberme preparado para la vida. He vivido, como casi todos los de mi especie, una vida ficticia, funambulesca. Luego vino el fin de la relativa estabilización del capitalismo, y nos lanzó a la calle a engrosar las filas hercúlicas de desocupados.

"3. Seré sincero. Lo que otros ocultan, yo lo pondré de manifiesto. Pondré mi alma al desnudo, la expondré en la plaza pública, como un monumento, para que los pajaritos que se albergan en la enramada de los árboles no sientan ningún escrúpulo en blanquearme con sus excrementos... Cabe preguntarse para qué servimos en este mundo. Cuando tenemos hambre, nos distraemos cantándole a la luna...

"4. Y en verdad no es grande sólo aquel que tiene hambre; eso no basta. Sólo será grande aquel que sepa que tiene hambre y porque tiene hambre. Sólo ese será capaz de reaccionar, de ser hombre...

"5. Yo no tengo conciencia; no sé porque tengo hambre, ni porque hay también otros que tienen hambre... Por lo general a nosotros los poetas nos place velar las realidades con un suavísimo manto ideal, que no siempre logra evitar que entre los pliegues estuadiados de las metáforas se vislumbre la carroña de una ideología decadente...

"6. He visto entrar a tres desocupados en un restaurant. Estuve viendo cómo pidieron una comida abundante, la comieron con evidente satisfacción y luego se retiraron tranquilamente sin abonar la consumación. Todo esto lo estuve viendo sin llegar a descubrir la íntima ligazón que existía entre la acción de esos desocupados y yo.

"7. A veces pienso en el mahatma Gandhi y me comparo con él. ¿No sería mejor que desapareciera del mapa, para que la India se libertara por medios expeditivos? Abrigo la esperanza de que el ejemplo de mi autosacrificio pudiera llegar a ser útil para los Gandhis de la poesía...

Aquí se interrumpe el manuscrito. Pero, de los materiales que tenemos a la vista, no es difícil deducir que el poeta iba en camino de eliminarse y que, por rara coincidencia, su determinación había de encontrarse en el vértice del ángulo agudo de la muerte con el cateto de su autocomprensión, de su conciencia. Fue no más que una visión fugitiva, una luminosidad instantánea, de un décimo de segundo, fue una intuición inaprehensible, más allá de la cual se extiende la meseta yerma, desolada de la sensación de haber llegado tarde al andén de la estación...



El Pase 15 de Fox

CLAUDE FARRERE
Ilustraciones de Pargagnoli

— ¡Sesores! — anunció el croupier — la banca está en su basta. Bromeando el general Brives interrumpió al coronel Fox: — ¿Toma la banca, Fox? Y el coronel Fox, bromeando, contestó: — ¡No es bastante para mí, general! El coronel Fox rió, el general Brives se puso a reír. Se sabía que el coronel Fox era pobre. Se encontraba en Deauville entre dos trenes: había venido para "ver". Para perder también sus economías del año. Brevés, riendo, fue indiscreto: — ¿Sus economías del año? ¿A cuánto llegan? — Cincuenta lises justos. Helos aquí. El coronel Fox exhibió su billete. El croupier insistió: — La banca está en subasta... ¿Cincuenta lises? — ¡Cincuenta lises! — ofreció el coronel Fox. No hubo otros interesados. El croupier confirmó. — Hay cincuenta lises de banca. — Copo — dijo alguien. Y el coronel Fox, inclinándose, dió cartas. — No quiero más — anunció el punto. — Nueve — declaró Fox. Las cartas hablaban. — Noventa y cinco lises de banca — anunció el croupier. — Copo — dijo alguien. Fox volvió a dar. — ¿Carta? — preguntó el punto. — Ocho — respondió Fox. — Hay ciento ochenta lises — contestó el croupier. — ¡Copo! Las cartas circulaban. — No quiero más. — ¡Nove! El croupier recogió la apuesta. — Hay trescientos cincuenta lises. — Un espectador le observó: — Serán cuatrocientos, sin la banca... Hubo un minuto de descanso. La banca había ganado tres veces. Los jugadores no gustan del cuarto pase. — ¡Ha tenido eria, su billete de mil! En su lugar... El coronel Fox sonrió: — ¡Usted se irá, mi general! ¡Bah! No me coparán, seguramente, esta vez. Y, además, puesto que he venido a perder... Nadie copó, en efecto, ni contra el cuarto pase, ni contra el quinto. Pero los puntos suministraron el equivalente. Y el coronel Fox, que continuaba ganando, no ganó menos. Al sexto pase, las cartas fueron divertidas: el coronel, que tenía seis, dió un seis y creyó, según la regla, deber sacar el mismo. Le vino un cuatro. Pero el adversario que había sacado cuatro, se había embarcado paralelamente. Se volvió a dar, y el coronel Fox ganó. — ¡Vuelta a partir, para ir lejos, mi coronel — afirmó el perdedor, el convencido. El coronel había pasado ya siete veces. Pasó ocho veces. Nueve, diez, once, doce, y ahora tenía algo más de veinte mil lises sobre la mesa. — ¡Una linda casa de campo, Fox! — dijo el general Brives, señalando con un dedo la formidable suma. — ¿Qué espera para dejar la partida? El coronel Fox miró al general Brives. — Mi general, espero ganar el auto que me lleve. El coronel Fox sonreía siempre; pero ya no lo hacía con la misma sonrisa de antes. El croupier trataba de dar coraje a los puntos: — Hagan su juego, señores. Alguien, en alta voz, calculó: — Este es el pase número 10. Alguien se precipitó: — El pase trece? ¡Copo! Imperceptiblemente, la mano del coronel Fox tembló. Las cartas se deslizaron, a pesar de

todo. El punto, con tres cartas, hizo perra de reyes. — ¡Si esto fuera poker — murmuró. Pero no era poker. Y hubo, más o menos, cuarenta mil lises delante del ganador. Entonces el general Brives, por segunda vez, se inclinó hacia el coronel Fox: — Fox — dijo, serio — ponza atención. Usted gana una fortuna: ochocientos mil o algo por el estilo... Váyase, Fox. No espere la mala. Esos puntos representan millares de millones, y no se cansarán. Es forzoso que usted salte... El coronel Fox se dió vuelta. — Mi general, yo había venido a perder... — ¡Usted había venido para perder mil francos, pero no un millón. El coronel Fox vaciló. Esta vez no sonreía más. Pero, justamente en ese momento, un riquísimo comerciante en cueros, que había ya perdido otra vez, volvió a entrar en acción: — ¡Todo eso hace unos cuarenta mil lises! — preguntó con una voz que sonaba singularmente vulgar. — ¡Copo todo! Y dirigiéndose a un amigo, que también había experimentado pérdidas, agregó: — ¡Weiller, usted verá al ejército francés batirse en retirada! ¡Priamente... Fox le miró, y dió las cartas. — ¡Ocho! — anunció el comerciante en cueros, triunfante. Fox no pudo evitarse un movimiento de nerviosidad, al dar

vuelta su juego. Pero una exclamación saludó su punto: tenía nueve. — ¡Sesenta y seis mil lises — anunció el croupier, después de haber contado. — Ya no es una casa de campo, ahora se trata de un castillo histórico — constató el general Brives. El coronel Fox, azorado, adivinó nerviosamente las cejas. Y el croupier se había caído. En tanto, de todas las salas de juego, afluyó la concurrencia. En medio de los que llegaban, se alta estatura de Gedeón Nash, comerciante en cerdos de Chicago, sobresalía. Y su voz transatlántica planeó en el silencio: — ¿Qué es lo que hay para hacer? — ¡Fue Fox el que contestó maquinalmente: — ¡Sesenta y seis mil lises...! — ¡Oh! — dijo Gedeón Nash — el más grande golpe de la temporada... ¡Veo! En ese instante el coronel Fox se levantó. Tuvo la firme intención de rechazar la apuesta. Pero el hombre de Chicago, completando su frase dijo: — ¡Veo... pero no todo. Treinta mil francos quedan aparte... Y, desafiando a Fox: — ¡Usted sigue, bô, coronel! — ¡Francia for ever! Fox, subyugado, se volvió a sentar, dió, e hizo bacará en tres cartas. — ¡Extraordinario! — dijo Gedeón Nash — tengo solamente uno y gana. El dinero fue empujado hacia el vencedor. Inmóvil, el co-

ronel Fox miró alejarse los tres millones de francos que hubieran de pertenecerle. Los parecch, por encima de los tapetes verdes, ver derrumbarse los cerros castillos. Pero, como se iba, el croupier le detuvo: — ¡Le restan los treinta mil francos que no se apostaron, mi coronel. — ¿Treinta mil francos? — ¡Después de todo — dijo el general Brives — usted gana treinta veces su apuesta primitiva. — Es verdad — dijo Fox. Pero pensaba: — Es decir, yo pierdo tres millones. De estos tres millones perdidos, su pensamiento no pudo apartarse hasta la tarde. Después de la cual, habiéndose vuelto a la obsesión insoportable, el coronel Fox, que había venido a perder mil francos a Deauville y había ganado treinta mil, no pudiéndose resignar, se quemó el cerebro de un tiro.

Bibliografía

LOUIS FERDINAND CELINE. — Voyage au bout de la nuit. Edit. Denoel et Steele.

— ¡Viaje al fondo o a la punta o al fin de la noche? El libro de Celine desemboca en la aurora, hacia la página 621. Pero entrante nos ha llevado hasta el fondo de la noche. La guerra. África. Nueva York. La fábrica Ford. Rouly, en las afueras de París. Toulouse. París. Otra vez las afueras, esta vez en un manicomio. El miedo, la cólera, las fiebres del tropico, la crueldad inútil, el hastio, las enfermedades y, después, decididamente, la traición y el crimen.

Apenas si podemos señalar un trozo poético, sobre las viejas canciones populares, en la página 449. Y algo de elevación en la horrible ineptitud con que el protagonista — Ferdinand — trata de enjugar la agonía de su amigo Robinson: "A uno le faltaba casi todo lo que es preciso para ayudar a morir a alguien. En esos momentos, es una pesada dolorosa haberse vuelto tan pobre y también tan duro como uno se ha vuelto", dice en la página 613.

En realidad, Ferdinand está obsesado. Ya no ve más que el lado malo de todas las cosas. Cuando se le acerca un amor tierno y reconfortante, huye, pone el mar en medio de su vida y la tristísima de Molly a quien ya no volverá a encontrar nunca. Para hacer esto no tiene ningún motivo especial. Ni falta que le hacen. No cree en la juventud, que le parece solo "un impulso de empujear" (pág. 356). ni en el amor, ni en las mujeres. Está desesperado y confuso, ávido de llevar al fin de la noche que lo rodea por todas partes, de una noche maciza, húmeda y aplastante que forman con su aliento, con sus vicios, con sus pasiones más secretas y repugnantes, puestas al desnudo, seres mequetruques, que planean, asesinan, abortos y todo género de avivencias e incansables podredumbres.

El estilo mismo de Celine, no sale de este molde. Su libro tiene la entonación del bajo pueblo. Cuando no utiliza el argot, sigue adaptando su sintaxis a su estilo, hasta para hablar de Montaigne y Plutarco, como ocurre en la página 358. Esa entonación del bajo mundo en que se debaten compañeros de armas, muertos, como el de medio; traficantes sexuales y sádicos de África monotonía insoportable del trabajo en serie, prostitutas yanquis; tuberculosos de barrio; cretinos de hospital; médicos alienistas tan locos como sus pacientes; componen un inconcebible; ocultación de secretos es-

panotos; visión de vapuleos infames. Celine tiene una mirada agudísima para la fealdad. La descubre en todo. Si habla de un parque de diversiones es para detallar no sólo sus fealdades, sino también su "calidad": "anuncios que no le son, montañas rusas que tampoco lo son, luchadores que no tienen hieeps y que no vienen de Marsella, la mujer que no tiene barba, el mago que es cornudo, el órgano que no está hecho de oro, atrás del tiro donde los huevos de muestra están vacíos", dice en la página 384. Si se acuerda de los niños que están en el parque, es para señalar un detalle cruel: "Creo que es por gentileza que las personas grandes, a través de los mostradores iluminados incitan a los niños a regalarse con las maravillas que amasan con sus vociferantes sonrisas. No conocen la ley, los chicos. Es a bofetadas que sus padres les enseñan la ley, los previenen contra el placer. No saben aún, esos chicos, que todo se pasa". (Página 386).

En este libro se llega al "que me importa" universal, al colmo del "que me importa" más amargo y doloroso. Los fantasmas que circulan en la noche, avidos de carroñas y tod aspecto de podredumbre, se vuelven meros autómatas, a fuerza de estar saturados de un sufrimiento sin nobleza y sin consuelo y sin esperanza. Todo lo que se llama sentimiento o emoción, no es útil a su vida ansiosa de larvas que hasta al placer llegan en volutas de sombra, como quien suecumba a la poco durable delicia de un olvido.

Sólo dos toques de luz encontramos en esta noche espesa, poblada de volubras indianas y malos olores: la final, tinida aparición de la aurora, cuando Ferdinand está al lado de Sofía y cerca del pobre Gustavo, el único ser que lo admira, que se atreve todavía a admirarlo en el mundo y 1 vez en que se despierta de Molly. Describe así ese instante, en la página 294: "Besé a Molly con todo lo que me quedaba todavía de coraje en la oscuridad, por una vez, por toda el mundo, por mí, por ella, por todos los hombres".

Porque el fondo liso y llano y emocionante de Ferdinand, a pesar de todas las complicaciones exteriores, no es más que eso: el de un hombre apenado, a quien la vida le ha quitado hasta el coraje de expresarse de mala. U. P. de M.



VOICES

FOR
PEDRO HERREROS



NUNCA la mujer ha sido más desahogada que ahora que se ha cortado el cabello.

El capital es una falacia. Con todo el dinero que hay en el mundo no se hace una casa. Ni un par de zapatos. Ni nada. Injusticia y mano de obra. Eso es el capital.

El Arte no puede estar al servicio del comunismo. Es el comunismo el que debe estar al servicio del Arte.

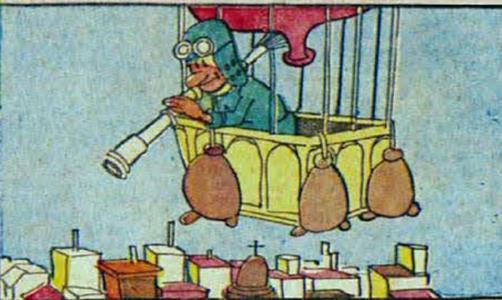
Honestidad, honradez, conducta: he ahí el lastre que no deja ascender a quien lo posee.

La criolla es un tipo de mujer que, aun siendo pobre y teniendo animales, tira el pan duro a la basura.

En la época de Virgilio había Recenas. En la nuestra sólo hoy mecomes.

Algo huele a podrido en mi país.

Una cosa es ser letrado y otra cosa es entender de letras. En cuanto a un letrado le empezaron a gritar las letras, termina por abandonar la carrera. (Los casos se recopilan desde Mollière hasta Capdeville).



Es lamentable el apremio que sienten algunos jóvenes por escribir y hasta por escribir sin tener nada que decir. Ahora se ve Teofrasto escribiendo sus Caracteres a los noventa y tantos años.

El escritor, siendo capital, no tiene representación en el Capital; siendo mentor y guía, no tiene representación en el gobierno. La situación del escritor, en el Estado capitalista, no puede ser ni más ridícula, ni más infeliz.



Las profesiones se parecen a las ganancias en que sirven para sacar dinero.

El que sigue la carrera militar como "modus vivendi" es un cívico; y el que sigue, sintiéndola, es un tipo peligroso al que habría que poner a buen recaudo.

Un padre honrado con el corazón lleno de amargura le decía a su hijo: "En la vida hay que ser cordero o lobo. Elige".

Ford es un fabricante de automóviles. Un cuartel es una fábrica de automóviles.

Llegará el día en que los militares harán acto de contrición. Y se dirán: "¿Es posible que hubiéramos venido al mundo para matar a nuestros semejantes? ¡Es horrible! Más noble sería que nos matásemos nosotros mismos. Y se suicidarán todos.

Gobernar es poblar (Alberdi). Gobernar es cargar de impuestos y de potentes al que trabaja (Un gobernante conservador). Gobernar es matar obreros (Un político).

Darwin descubrió el origen del hombre mirándose al espejo.

Tener o no tener. Es el problema.

UN LINDO SERMON

Por ANTON CHEJOV

EN el siglo V, del mismo modo como hoy en día, el sol salía todas las mañanas y se ocultaba todas las tardes. Cuando sus primeros rayos besaban las plantas cubiertas de rocío la tierra revivía, el aire se llenaba de regocijo y de esperanza; de noche esta misma tierra empujaba y se hundía en la oscuridad.

Los días y las noches se parecían los unos a los otros. De vez en cuando en el cielo aparecían nubes y retumbaban fueros truenos o alguno de los monjes volvía al convento, contando a la cofradía que había visto un tigre en las cercanías de aquí.

Los monjes trabajaban y rezaban, mientras su viejo prior tocaba el órgano, hacía versos en latín y componía obras musicales. Este maravilloso anciano poseía un don poco común: tocaba el órgano con tal arte y maestría que llegaba a hacer llorar hasta a los monjes más viejos y medio sordos por la edad. Aún hablando de cosas vulgares, por ejemplo, de los animales o de los árboles, se conmover a sus oyentes. Cuando se enfadaba o se alegraba, cuando hablaba acerca de algo horrible o sublime todo se ser se transformaba bajo la influencia de una fuerte emoción, sus ojos se llenaban de lágrimas, su rostro se encendía, su voz vibraba. En semejantes momentos el poder que ejercía el prior sobre sus monjes era infinito: si les hubiera ordenado que se arrojaran al mar, hubieran cumplido su voluntad sin vacilar un solo momento.

Fusaban decenas de años y en su alma humana aparecía en los alrededores del monasterio, separado del resto del mundo por un desierto, casi imposible de atravesar.

Cuál no sería el asombro de los monjes al oír una noche llamar a la puerta del convento. Al abrirla se vieron en presencia de un hombre, un vulgar pecador, amante de la vida. Les explicó que había ido a cazar, bebido en demasía y se perdió. Antes de pedir la bendición al prior, el forastero reclamó vino y comida. Una vez satisfecho de su hambre y sed echó a los monjes una mirada impregnada de amargura y de sorna y les dijo: "Según parece, ustedes se pasan la vida sin hacer nada, comiendo y bebiendo. ¿Acaso es este el modo de salvar el alma? Mientras ustedes viven aquí en plena tranquilidad, soñando con la salvación de sus almas, sus prójimos se debaten y luchan en medio de la depravación y van al infierno."

¿Y cómo es la vida en los grandes centros de población; unos mueren de hambre, mientras que otros, poseedores de excesivas riquezas, se hunden en la perversión y perecen. Ninguno de ellos conoce la fe ni la verdad. ¿Quiénes son los que necesitan salvar sus almas y recordar el indispensable nombre de Dios? ¿Por ventura, nuestro Señor depositó en ustedes su misericordia y les dio la fe para que lleven la vida holgada sin preocuparse de la salvación de la humanidad?

Las palabras impertinentes y arrogantes del extraño ejercieron una gran influencia sobre el ánimo del prior. Al oír las palabras de Dios se dirigió a los monjes, diciéndoles: "Hermanos, el hombre tiene razón. Es cierto que mientras la infeliz humanidad, debido a su ignorancia y su debilidad, peca en la depravación presa de

JUECES RAROS

por
JAMES GREENWOOD
ILUSTRACION DE GUEVARA

EN el Oeste de África, prevalece aún el sistema de ordalías, ejerciendo gran dominio sobre sus habitantes. Cuando una persona muere, o cuando se ha cometido algún robo importante, se acude inmediatamente al mago o hechicero de la tribu, a quien se le llama Quimbanda, para que, por medio de sus sortilegios, descubra a la persona culpable. Estos "adivinos" poseen varios métodos, según ellos, para descubrir a lo culpables. De entre un sinnúmero de ellos, Valdez, el conocido explorador, ha seleccionado los siguientes: 1o. Quirigú Mená, o la bebida de la verdad. 2o. Mamangú Ombo, o la sangre de oveja. 3o. Ganazambi Mutchú, el Dios, o el bastón del fetichero. 4o. Quirigú Tubia o el fuego de la verdad.

El primero, Quirigú Mená, es un líquido extraído de la corteza de la ensaca, una porción del cual se administra a varias de las personas presentes. Si el mago tiene algún resentimiento contra alguna de ellas, o sospecha de su culpabilidad, mezcla la porción destinada a dicha persona, con algunas drogas deletéreas, lo que le causa grandes dolores, interpretándose las contorsiones a que estos dolores la someten, como pruebas concluyentes de su culpabilidad.

El segundo, Mamangú Ombo, es como sigue: se degüella a una oveja y se da a beber su sangre a determinadas personas. Si hay alguien que se descomponga al beberla, o cuyo estómago rechace, es declarado culpable, y tratado conforme a las leyes correspondientes. Pero se supone, como en el caso anterior, que la sangre ha sido mezclada con otros ingredientes, para producir los síntomas deseados por el hechicero.

El tercer juicio, Ganazambi Mutchú, o el bastón del fetichero, consiste en un palo, en cuyos extremos se ha atado una campanillita. En el momento oportuno, el mago lo arroja al suelo que el palo indicará el sitio en donde se encuentra el culpable. Siempre tiene a mano alguna plausible excusa por si la prueba le falla.

El cuarto, el Quirigú Tubia, o el fuego de la verdad, es el más severo, pues, si se sospecha la culpabilidad de alguna persona, ella y su entera familia son sometidos al juicio, que se desarrolla en la forma siguiente: el mago aplica un hierro candente a cualquier parte del cuerpo de cada uno de los individuos y el que soporta sin desmayar, el dolor más intenso, es absuelto. Muchas veces el jefe comunita la pena de muerte por la del destierro, pasando los bienes y la familia del criminal al dominio de los herederos del asesinado. La pena de esclavitud se adjudica a aquellos que no tienen esposa o propiedades con que indemnizar a la parte injuriada. En el Este de África, también hay infinitos "juicios" para cada grado de criminalidad: Veamos algunos:

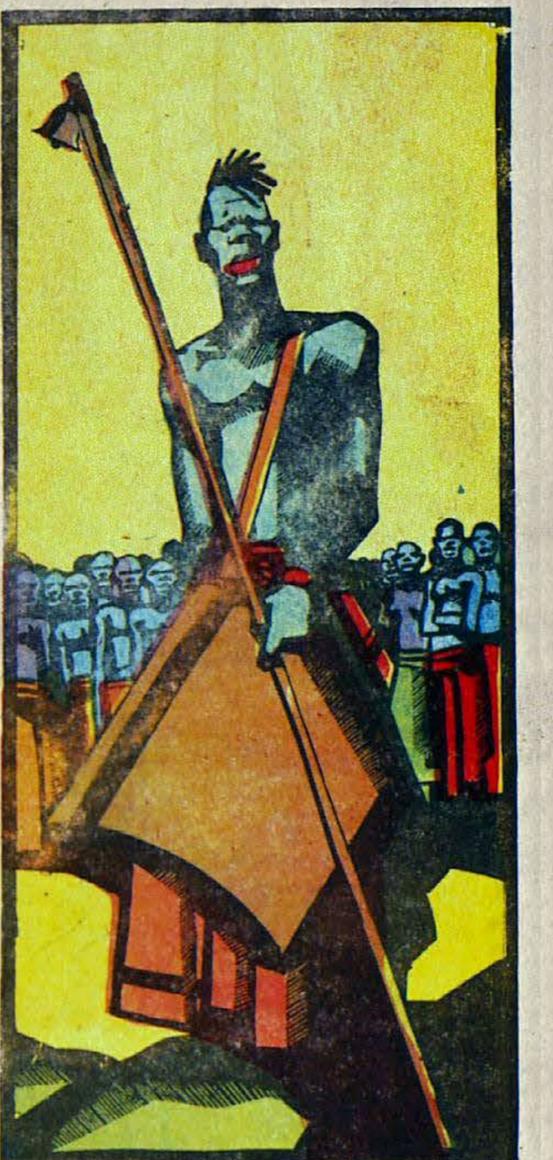
El kirapo ya, zoka, la prueba del hacha. El mago que preside el juicio, toma la mano del supuesto ladrón o criminal y le obliga a repetir lo que sigue:

—Si yo he robado la propiedad de... (nombre del damnificado) o cometido este crimen, respondo Mulingo (el cielo) por mí; pero si no he robado ni cometido ninguna maldad, sálveme Dios. — Después de estas palabras el hechicero pasa el hacha candente cuatro veces sobre la palma de la mano del acusado; si el Wakamba lo cree culpable, su mano se quema, pero si es inocente, no sufre daño alguno.

Kirapo a jingu ya Guanda, la prueba del caldero de cobre. El mago toma un caldero de cobre, vacío, lo pone al rojo y echa en su interior una piedra llamada Mango, la que lanza chispas. En seguida le agrega una parte de una cabra degollada, diciendo al acusado: "Hera lomboc" (ven) a lo que aquí responde: "Permita Dios que se me haga justicia" y toma con su mano la piedra candente. Si es culpable, su cara y su mano se quemán; si es inocente, no le sucede nada.

Kirapo ya Sumba, el juicio de la aguja. El mago toma una gruesa aguja, la pone al rojo y traspasa con ella los labios del criminal. Si es culpable, mucha sangre sale de su herida, pero sus labios permanecen secos si es inocente.

Kirapo ya Hikahi, la prueba del trozo de pan. El acusado se ve obligado a comer un trozo de pan envenenado. Si es inocente, lo



traza sin novedad; pero si es culpable, el pan se le pegará a la garganta, y no se podrá extraer sin producir un dolor agudo y una considerable pérdida de sangre. A menudo se reemplaza el pan con arroz.

En estas ocasiones, el mago recibe una pieza de género, del acusado y del acusador, a manera de recompensa.

PERU Y AVENIDA

FLORIDA—portea que se viste de París. Artificiosa, frágil e inconstante, sólo ofrece el paisaje variable de sus vidrieras. En las ochavas redondas las líneas angulosas de su silueta ultramoderna. A las ocho y treinta abre los ojos de cristal. Un observador se instaló en mitad de la acera para verla despertar. Este, resiste los empujones de una multitud atareada, que califica de vulgar, ignorando que él sólo se distingue por su aire de no tener apuro.

Los vehículos que se alinean en la avenida de Mayo depositan su carga en Florida y ésta se apresura a absorberla. Colectivos, omnibus, subterráneos, entregan miles de personas al observador, quien concluye por encontrar que todas se parecen.

—Amigo! ¿Levantado a esta hora? — Señorita, me he levantado. Empezaba a sentirme neurasténico ante tantos chamborgos grises.

—Como el sueño... — El día no lo veo.

—Presumo que está en amor con una empleada — que esos amoros son recientes, puesto que aun madrugada para verla; — pasado el primer mes, los pretendientes sólo aparecen a horas razonables.

—Pues se equivoca, señorita. He venido a documentarme. ¿No sabe que soy periodista ahora? Siempre supuse que su afición a escribir lo llevaría por mal camino.

—El secretario de redacción acaba de enterarse de que existen más de cien mil empleados... — Sin duda lo leyó en otro periódico. Beneficios del canje. — y sostiene que debemos sacar algún artículo que les interese, para aumentar la venta de nuestro diario.

—Proletariado; ¿cuántos negocios se realizan en tu nombre? — Si descubro en este ambiente lo que el secretario llama un problema social, no es un artículo, sino un libro lo que haré.

Ahora la señorita contempla con seriedad al escritor. Es una chica parecida a todas las que pasan, en el color de las medias, en el tono del "rouge", en la silueta esbelta. Comprende que las manos de su amigo pueden moldear las almas de criaturas que ignoran su propia herosidad.

—Le dan un campo inexplorado — dice — desdúbralo. Nadie ha estudiado con seriedad este medio.

—Gente incolora... — Trabajadores! — No lo parecen... — Esa es su labor: descubrir miserias bajo nuestra elegancia "standard".

El observador la mira detenidamente, desde el sombrero que parece complemento del peinado, hasta los tacones, absurdamente altos.

—Pero usted está empleada?

por Josefina Marpons

ILUSTRACION DE PAPPAGOLI

—Le ofrezco un título para su obra, bien largo, como ahora se usa: "Memorias de un porteo que a los treinta años descubrió la calle Florida".

—No tiene otro defecto que ser demasiado largo.

—¡Horror! ¡Le dirán pasatista! Tome otro: Recortes en la atmósfera gris.

—Y esta mañana luminosa: — La nublada de una plumada. — Idea genial... ¡el sol es tan cursi! — Resuelvo detestarlo. Por eso, ahora mismo voy a encerrarme en mi oficina.

—No me abandone todavía! — Véndi mi libertad por cien pesos mensuales...

—Autoriza una pequeña indiscreción? Usted es una señorita inteligente, comprensiva...

—Los hombres empiezan así cuando van a decir algo atroz.

—Pues bien: ¿por qué teniendo tan mequinos sueldos se visten ustedes con lujo?

—Preparando el porvenir. No esperamos más ascenso que el matrimonio.

—¿Y los hombres?

—No es eso. Note el contraste entre su aire de resignación y el nuestro, amimos. ¿Que al final nos casamos con un colega? Primero hemos soñado con el ser milloneros que ha de sacarnos de atrás del mostrador. No piense usted que tenemos haraganerías: es que el trabajo sigue siendo una maldición divina.

—Porque no han aprendido a amarlo.

—O porque el esfuerzo no recibe la retribución debida.

—Permítame imaginarlas desinteresadas y románticas. Trabajen por la alegría de saberse independientes.

—Comparto el pupitre con una señorita que se empleó a los veinte años. El padre se había enfermado y era preciso cubrir el presupuesto hogareño... después tuvo un novio... uno de esos buenos muchachos que adquieren en la escuela elemental conocimientos equivalentes a cuatro pesos diarios... pero el padre sigue enfermo y el círculo de obligaciones se cierra y el noviazgo se convierte en otra rutina más. Ella es cualquiera de estas chicas, cuyo fracaso, señor observador, no ha podido notarlo desde su atalaya. Historia vulgarísima, indigna hasta de ser comentada con ritmo de tango... Le deploro. ¿Qué quiere usted? No disponemos de tiempo para creamos problemas complicados.

9.5. — Ya en su puesto, la Señorita discute con su compañera por la posesión de un flpiz que pertenece a la empresa. Los oficinistas se han colocado mangas negras y el personal de venta, sonrisas. Los maniqués ofrecen actitudes estilizadas que nadie mirará.

La calle quedó desierta. El observador aspira con avidez el aire mañanero que huele a sol. Sólo recuerda una de las frases de su amiga: "también usted tiene sombrero gris". Dispone de tres horas que empleará en elegir un chamborgo... Está encantado de su excursión. Constató que las portenas de cualquier medio social son exquisitas. Conclusión consoladora para un mozo que, además de ser patriota, no puede viajar. Se promete mostrarlas al público en páginas dignas de su gracia.

—¿Cómo crear una trama intensa entre gente que no tiene problemas? ¡Si al menos pasaran hambre!

Envidia a los literatos rusos. Ellos disponían de isbas ruinas, deportaciones, nieve...

A él, quien le creará si dice que hay miseria en estos edificios magníficos?

Desa escribir una novela intensa. Posterga su realización para cuando pueda visitar hospitales, tabernas...

—Porque, decididamente, los empleados tienen la vida resuelta.



todos los pecados y del ateísmo, nosotros no nos interesamos en ella. Deberíamos acudir a su ayuda y hacerle recordar la santa palabra de Dios, olvidada desde hace muchos años.

Lleno de entusiasmo, el anciano, como un cavernario, se encaminó a la ciudad.

Pasó un mes, luego otro y el santo padre no volvió. Por fin, trascurrido el tercer mes después de la partida del prior, los monjes oyeron los golpes familiares de su báculo. Apresuráronse a recibirlo y lo acoraron a preguntas. Pero, por toda respuesta, el anciano rompió a llorar. Los monjes lo acompañaron en su llanto, aunque sin saber su causa. Notaron que su prior había adelgazado y envejecido mucho y que su rostro reflejaba la honda pena. Preguntáronle la causa de su pesar y congoja pero el anciano se encerró en su celda, sin contestarles nada.

Pasó siete días sin comer ni beber, llorando continuamente y dejando sin respuesta todos los ruegos de los monjes.

Por fin salió de su voluntario encierro y, rodeado en el acto por la cofradía empezó a narrar lo que había sucedido durante su larga ausencia.

Mientras describía su viaje desde el convento hasta la ciudad, su voz era serena y sus ojos sonrientes. Por el camino, decía, escuchaba las canciones de los pájaros y el gorgjeo de los arroyos, que llenaban su alma de dulce esperanza y de regocijo. Se sentía héroe, semejante a un guerrero que va al combate, confiado y seguro de la victoria; caminando componía versos y se entregaba a los sueños y de esta suerte, sin darse cuenta, llegó al término de su viaje.

Cuando el anciano empezó a hablar de la ciudad y de sus habitantes, sus ojos se encendieron de ira y su voz se endureció. En su vida había visto nada semejante ni si siquiera podía imaginarse que existiera... Sólo ahora había comprendido toda la impotencia del diablo, toda la infinita hermosura del mal y toda la debilidad y la miseria de los hombres...

—Dijo la casualidad que la primera casa en que penetré al prior al llegar a la ciudad, fué un antro de alegría. Unos cuantos hombres, ricamente ataviados, comían y bebían vino. Todos estaban ebrios y cantaban y gritaban a voz en cuello palabras soces y repugnantes. Libres, fuertes, felices, no tenían a Dios ni al diablo, ni a la muerte, estimulados por la voluptuosidad y la gula, hacían y decían lo que les daba la gana. El vino cristalino y chispeante de oro era, sin duda muy atractivo, pues el que lo bebía, sonreía con beatitud y pedía más. El líquido de color de ambur, respondía a las sonrisas de los hombres, echando alegres chispas, como si conociera el poder diabólico que ejercía sobre ellos.

Presé de la más viva indignación y llorando de ira, el anciano seguía describiendo lo que había visto en aquella casa.

Sobre la mesa — decía — estaba de pie una mujer semidesnuda, de una hermosura perfecta. Esa cortés joven, con guedejas rubias, ojos negros, y labios rojos y voluptuosos, privada de pudor y de decoro, enseñaba su bello cuerpo que parecía acunado en mirra, y delirante de amor, sonreía mostrando sus dientes de perla, como si



DORA la Cordobesita; menos de veinte años, según dicen. Pequeña, bien de carnes, duramente encorsetada.

En el fandanguillo de Huelva. Toda de negro, con un puñado de rosas rojas sobre la cadera.

Su sombra negra sobre las tablas lividas de luz eléctrica. Su sombra negra. La noche del vestido y del fieltro, la noche de la sombra del fieltro sobre los ojos, la noche de las duras sombras negras con las cuales la electricidad corta la parte baja de su rostro, y el aire de la música, sombriamente como la noche. La lentitud, la opresión de este aire. Cante jondo. Hebería existir la palabra "hale hoplo", para las danzas como el fandanguillo de Huelva.

Dora la Cordobesita golpea apasionadamente con los talones, avanzando apenas, casi inmóvil, con los brazos bajos, atravesados por las vibraciones de las castañuelas; como pájaros desatados en el crepúsculo, con las caderas temblorosas del temblor infinito del oleaje marino. La fuerza del cuello. La fuerza del golpear de los pies, con la música en sordina, desvanecida; la fuerza del golpear de los pies, que estrechec, que da deseos de llorar. Y este estrechecimiento sobre un mismo lugar tiene el aspecto del estrechecimiento paralizado del pájaro que fascina un buitre; y sus ojos totalmente abiertos, mirando fijo delante y a los lados, aprisionada en su danza, hace un vacío, con un aire de exultación congelada. Como los planetas, su gran órbita alrededor de la escena, se giran y se levantan como alas, semejando desatar los pies con ese gesto, y ella hace tres largos pasos libres, tres pasos de mujer, que los brazos ondulantes parecen haber facilitado. Todo sin que su rostro cambie, y estrechada por sonidos patéticos.

Este fandanguillo de Dora la Cordobesita, pequeña cantante de coplitas, que fuera de eso no es nada, esta danza, y después algunos instantes de Custodia Romero, es lo que yo he visto de más hermoso, de una mujer en escena.

Y ello perdura en mí profundamente.



Consulta

Por Enrique Puga Sabaté
Ilustración de Sorazábol

CUANDO una desdichada mañanita de enero el "valet de chambre" subió el desayuno al doctor Rowers, éste se hallaba en su amplio laboratorio, ocupado en examinar un cultivo microbio con el microscopio. Al propio tiempo, el sirviente dejó una bandeja de lacas rojas en la que había depositado una carta. De inmediato se retiró sin pronunciar palabra, tan silencioso como una sombra.

Era el doctor Rowers un médico psiquiatra de renombre, vastamente conocido en los círculos científicos de Europa. Naturaleza dinámica por excelencia, creía y predicaba que en el mundo no existe nada más poderoso que una voluntad. Jamás entendió las abdicaciones ni los desfallecimientos: era uno de esos temperamentos firmes y energicos, incapaz de comprender los naufragios, como cortado a pie sobre la muerte.

Después de desinfectarse cuidadosamente las manos, desayunó frugalmente unas frutas con pan integral, encendió un cigarrillo inglés y lanzándose voluptuosamente en un "Morris", abrió la carta. Estaba escrita con firmes y espaciados caracteres en un grueso papel de simpático color aguranzado. La escritura tenía, en el papel sin rayar, una inclinación descendente. El doctor Rowers lo notó al punto e hizo una muestra de desagrado, pues es sabido que tal característica en la escritura, como bien lo ha demostrado Paul Jolle, es signo inequívoco de pesimismo. De inmediato dió lectura a la carta, que conebra estos términos:

"Muy señor mío: Yo, a quien usted no tiene el honor de conocer, me llamo Ricardo Wagner; pero, no solamente no soy pariente del gran músico, si que también odio toda la obra wagneriana, desde "Tristán e Isolda" hasta la interpretación sinfónica de los Nibelungos."

"No vaya usted a imaginarse que este odio mio — como otros que le enumeraré más adelante — obedece a una actitud más o menos literaria. Nada de eso. Odio la música por temperamento, desde niño, la de Wagner y la que no es de Wagner. Jamás he podido comprender que han querido expresarse los músicos con esa lluvia de sonidos que jamás lograron darme la sensación que me da un caracol marino."

"Odio los poetas; y, por poco que usted reflexione conmigo, no dejará de convenir en que tengo razón. ¿Puede en verdad imaginarse nada más grotesco que esos seres que han puesto un verso en un verso, un verso en un verso, todo en un quietud perfecta e infinitamente inferior en belleza a la realidad. ¡Loable tarea!

"Odio la filosofía. Por ella el hombre se ha transformado en un escarabajo pretencioso. El escarabajo quiere saber: ¿Saber qué? Pues nada menos que de dónde viene, adónde va, por qué está aquí y no en otra parte y el "por qué" de todo esto. Para ello, Condillac se esconde en una estatua y Spencer se frota los ojos ante la "ineconoscible" como un chicuelo dormido a quien despiertan demasiado temprano. ¿Extraordinariamente grotesco!

"Odio a los matemáticos, esas buenas gentes que van y vienen del infinito, como yo del club a mi casa, y que todavía no han podido convenir en qué es una unidad. ¿Que Leverrier o Adams descubrieron a Neptuno sin necesidad de tuberías de cristales? Perfectamente. ¿Ha disminuido por ello, acaso, la longitud de sus orejas?"

"Odio la moral, tan imaginaria como el eje de la tierra; y con ella todos los convencionalismos, todas las religiones con

DE las varias especies de caucheros perdidos en el valle amazónico, dos se destacan, curiosos, no solamente por los puntos opuestos, geográficamente hablando, en que se encuentran, sino por las semejanzas de hábitos, de físicos, de sentimientos y de ambientes.

La primera, conocida por cauchero de las islas, habita el estuario de Amazonas, poblando el gran archipiélago, al oeste de Marajó. Tipo desmirriado, roído por las fiebres, su timidez natural lo envuelve en un halo de simpatía. Letóxico y canoero, vive del pez atrapado en los montes inundados y en los brazos de ríos, con el chuzo y la red. La tierra anfibia aún, ora bajo el agua, ora fuera de ella, sólo le permite trabajar a la luz meridiana y en el reflejo de las mareas. Hijo de la región, adaptado al suelo por herencia, guarda un tono discreto, un aire resignado en sus modos y en su hablar. Puede ser ingenuidad como puede ser desilusión.

Humilde, ambicioso, ajeno al confort, vive en chozas sobre terrenos inundados. La estancia que las suspenso recuerda la palafita suiza de las habitaciones lacustres. Casado muy joven, se llena de hijos, que viven desnudos al borde del agua.

No vibran en sus músculos flácidos los impulsos que transforman a los flojos y a los simples en potentes y poderosos. Apático, no ríe; sonríe apenas. Con la energía embotada y el carácter débil, la condescendencia y la tolerancia lo hacen ridículo. Tajeando cauchales agotados, gana poco, lo suficiente para no morir de hambre.

Además de eso, es fatalista. "Dios no falta a quien promete", asegura supersticiosamente en su charria.

A pesar de andar su mujer apenas con pollera y los senos al aire, él con pantalones solamente y los hijos en camisolín, tiene en el fondo del baúl la ropa dominguera con que oye contrito las oraciones en la casa del vecino, acompañado de la familia, y con la que danza en los barracones que pernocta, postulando limosnas para la corona del divino Espíritu Santo.

Las embarcaciones pasan rozando el patiecito doméstico, inundándole la canoa y dislocándole el tronco de merity tirado sobre el barro para servirle de puente. Sin huerta, yermo de frutas, su sitio tiene siempre un jardincito aéreo sobre el zarco de paxiubas.

Usa como arma la escopeta de fulminante, ordinaria; pero sabe, como el antecesor remoto, flechar.

Profundo conocedor de la selva e identificado con la fauna, no tiene miedo y no se deja sorprender por las fieras y por las serpientes. Lirita a los macacos, a los pájaros, a los cuadrúpedos, silbando, cantando, golpeando. Si encuentra una víbora, la ahuyenta; si entreve a la onza, la espanta. Atrae, mediante artificios al "inhambu" y a la "saracura", hacia las trampas. Ronca como el "jacamin" ventríloco. Es dueño, en suma, de los arduos y de las sutilezas del indio.

Contémplese, ahora, al cauchero de las nacientes.

Nacido en el noreste, es andariego y carnívoro, si bien que su alimento principal sea la alubia. Apenas asimilado al ambiente, tiene la fantasía pintoresca de los fuertes y la esperanza

La Argentina

Custodia Romero

Menos de veinte años, también. Gitana. Bella. Improvisó algunas blasfemias en su honor.

De pronto, detrás del escenario vacío, un pequeño llamado de castañuelas, como el llamado de un pájaro en el bosque, como un pájaro que escucha su lamento.

Cuando ella se arrodilla, su vestido da vueltas a su alrededor, barriendo el escenario con el movimiento mismo de las olas. Y, ahora, una rodilla en tierra, todo su vestido desplegado en campana a su alrededor, se mueve sobre el mismo sitio, parecida a una fuente inagotable.

Esta Custodia, es una flor salvaje. Nada de "européa". Nada de análogo con la danza sabia de una Argentina. Es una inspirada, por algún tiempo todavía. Felizmente para su arte, no ha salido de España.



La Macarrona

Tiene quizás sesenta años. Hizo las delicias de nuestra Exposición, en 1909. Pero tiene aún fuerza, alegría, y, delante de las sonrisas y las risas (llenas de simpatía sin duda, pero aun así...) un gesto de desafío al levantar la cabeza, de un orgullo emocional. Se la ama menos cuando, al dar vuelta la espalda al público, desencadena una especie de maelstrom de sus naigais. Esta única contribución de la danza oriental a la española me parece francamente horrorosa.

La Macarrona ha vuelto a entrar a la sala, y va, de mesa en mesa, haciendo ofrecer copas, a la manera usual en estas damas; cuando pasa, yo levanto la nariz y aspiro el olor de su pasaje, como hacen los perros sin educación. Señalada cerca de nosotros: "Ahora que soy vieja..." dice la Macarrona, y todos se callan. Como una beduina, una mujer del desierto, toca los vestidos de una turista europea, ella pasa su mano sobre el chal de mi compañera. Me mira — a mí, y no a la que lleva el chal; fina y grosera mezclada — arquea los ojos y dice: "¿Qué lindo es!"

Desencadenó el entusiasmo de la Macarrona, cayendo en el estilo florido, caro a su provincia: "Viendo un tan gran número de bellezas irradiantes, no estoy ya asombrado de encontrar tantos ciegos en España!"

Esta ocurrencia, repetida de mesa en mesa, me vale más honra que si yo hubiera escrito la Divina Comedia.

Tres veces, con el objeto de inmovilizar mi mano para encender su cigarrillo con el mio, me toma y me apreta la muñeca. Y como, la última vez, yo tenga una especie de retracción, es preciso ver torcerse su otra mano, de irritación. ¡Ah!, ciertamente, esta es una raza apasionada.

Todo esto bajo la mirada de la otra.

En un álbum, yo la he visto de veinte años. Una encantadora y pequeña cotorra, de nariz curva.

Pastora Imperio

La he visto solamente una vez, en un gran music-hall de París. Pastora Imperio, célebre en toda España y en la América del Sur. Un escritor español, que no era escritor y que no era español, la había llamado "la madona de los ojos verdes". No tenía nada de madona y sus ojos no eran verdes.

Al principio cantaba flamenco y sorprendió. La orquesta se arrastraba en la persecución del canto, una de esas "buenas" orquestas parisienas, tan incapaces de tocar música popular española, como de ejecutar la novena sinfonia. La madona, o mejor la matrona de ojos verdes, alcanzaba en tonces ese momento difícil en el cual un hombre puede salvarse de la fealdad de la edad por la inteligencia que ha permanecido sobre su rostro; pero qué hacer cuando se es mujer? Su voz era a la vez ronca y gangosa. Cuando se puso a ejecutar su danza de caderas, el público no se contuvo más. Una vasta carcajada, abierta, sin piedad, hizo ondular la sala.

He aquí lo más cruel: Volví al día siguiente. Un instante antes de que Pastora interpretara su canto flamenco, de intenciones emotivas, un hombre de librea trajo sobre el escenario un cartel que decía: "Canción cómica". A fin de que el público pudiera reírse sin preocupaciones.



Isabelita Ruíz

"Yo estoy triste, yo estoy triste"... ¡Cómo destetado lo que no amo!

En toda la velada no había cambiado una palabra con la señora S. Había hablado, incluso, cuidando de no mirarla, porque ella es pariente de alguien que no me quiere, y yo temía, si la miraba, que alguna cosa odiosa se me escapara. Pero ahora aquello no existía, ella era solamente una mujer, hermana de la mujer estival, y amándola, y diciendo que ella la amaba cuando cerraba los ojos, (Dora la Cordobesa, también cerraba los ojos como los cierran los leones). Y, en el auto, regresando, crispado, yo le hablé, y el resto estaba olvidado, y nosotros estábamos en el mismo terreno, porque ella amaba lo que yo amo, y lo que yo amo en este momento es Isabelita Ruíz, y su estar triste "porque no oigo la voz de mi pueblo".

Consultas

que el hombre quiere disrazar la lamentable y vasta oscuridad de su vida.

"Por último, odio todas las ciencias, muy en particular la medicina. Por ello me dirijo a usted, que también debe odiarla, puesto que toca a alguien. Ha llegado hasta mí la fama de los extraordinarios casos por usted tratados. Y aunque no soy lo suficientemente cretulo ni lo estrictamente estúpido para atribuirle los méritos que preganan los periódicos confío en que usted podrá hacer algo por mí.

Debo advertirle que jamás he padecido la más leve jaqueca ni el más insignificante dolor de estomago. Mi máquina humana reposa sólidamente sobre la más sólida de las osamentas. Tampoco me conmovieron catastrófes morales y poseedor de una cuantiosa fortuna, no me atosigaron esos enojosos problemas que enturbian los días de tantos infelices.

Yo, señor mío, estoy enfermo de "vida", esto es, padezco el terrible mal de no tener nada y de no desear tener algo. Y es este un mal tenebroso, quizá mucho peor de lo que imaginéis que gozan las felices de una dispepsia nerviosa, una úlcera al estómago o una aneurisma a la sortija. Ya sabe, pues, mi enfermedad; estoy enfermo de vida, de vida tranquila, equilibrada, perfecta, que de ninguna manera quiero cambiar por otra.

Salúdame atentamente, Ricardo Wagner.

El doctor Rowers leyó por tres veces aquella carta. Algo que era como una gran tristeza le velaba el rostro, blanco, desvanecido entre las absurdas espirales del humo.

De improviso, abajo, en la calle, sonó la estridente bocina de un auto. Y, como si aquel ruido, sacudiendo la quietud atmosférica del laboratorio, hubiese llegado a lo más hondo del alma del médico, éste se puso en pie.

En los ojos se le iba encendiendo como una lucecita maliciosa e irónica cuando acercó la carta a un pico de Bunsen. Después soplo las cenizas que oscilaron planeando en el aire como lentas mariposillas negras. Y en una hoja de su recetario escribió estas palabras:

"Ricardo Wagner. Grand Hotel. Londres. Péguese un tiro. Cree que el remedio es excelente. Rowers".

Y cuando diez días después, su amigo, el escritor Denkers, fué a comunicarle que Ricardo Wagner, conocido deportista londinense, se había suicidado leyendo una fortuna de medio millón de libras, se le hubiera podido oír murmurar: "Era necesario... y sin embargo... ¿Pero qué ocurriría en el mundo si todos pensasen como Ricardo Wagner? Medio millón de libras! No es caro por enterrar tan gran secreto..."

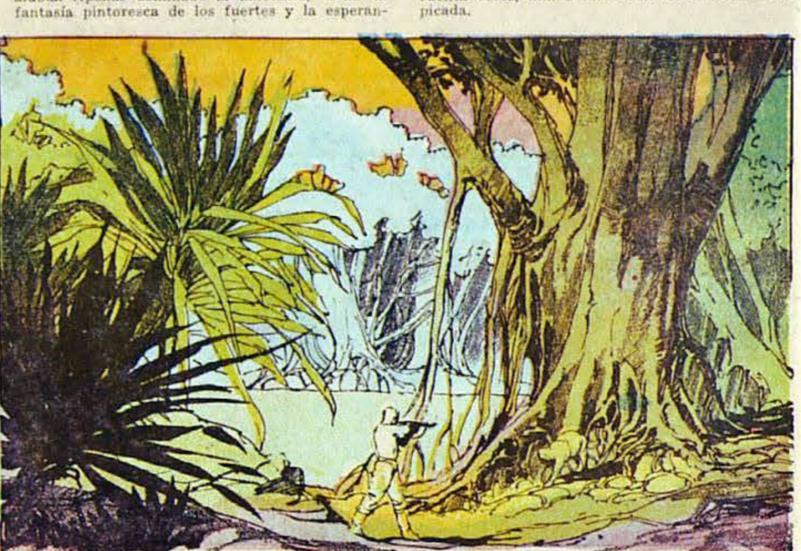
menados y zurcidos en cien partes, hachita, balde y machete, rumbo a la picada. Llega, salta a la "ravina" encharcada, fofa, y sigue, senda adentro. Tajea cincuenta, sesenta, ochenta árboles para extraer uno, dos, a lo sumo tres galones de leche. Hierve los troncos sobre un catreco de madera, cerca de los galos, tan escarificados se encuentran los troncos. Flemático, con el cigarrillo en la comisura de los labios, lo hace automáticamente, observando los aspectos en derredor. El naturalista que lo sorprendiese en el seno de la selva, calmo, sereno, andando sin prisas, le tomaría por un apasionado botánico, un artista que estudiase el tono "nuance" de las sombras y el dorado de los hilos de luz que se filtran a través del ramaje enmarañado de lianas e icípids. Nada le desfigura su perfil melancólico y tardío aun cuando se le presenten, imprevistos, confusiones alarmantes: es, visiblemente, el cauchero del esturio, pálido, derreído, sin energías, sin exaltación, sin voluntad, mecanizado.

Vuélvase la medalla, examínese el reverso: repunta el cauchero de los afluentes remotos.

Salta de la hamaca al pie de los pájaros noctívagos, a las tres de la mañana; bebe un trago de caña o una taza de café; se viste; enfila la picada, lúricamente llamada "camino de siririgá", abierta a machete. Camina de prisas. Se oye el vuelo de los murciélagos, el crujido de los garabatos y de las hojas secas pisadas. Hachita en mano, rifle a la bandolera, machete al cinto, pantalón y blusa de brin azul, zapatones de goma fabricados por él mismo, ojo humecado de una lamparilla de kerosene sobre el capicete de lata, afirmado en la cabeza, parece un ciego que andara, en vez de forjar rayos de Jupiter, anduviere forjando los rayos de su propia desgracia. Flaco, mediano de estatura, cabellos ligeramente ensortijados, parduzco, camina de tronco en tronco de siririgá. Da con la hachita uno, dos, tres golpes oblicuos en la corteza de la "hevea", clava debajo de las cesuras las tacitas de lata, y parte de nuevo, para de nuevo pararse y para de nuevo partir, improvisado Ahaverus de la "hyla". Imaginativo, con el pensamiento distante, trabaja recordando los desencampados caerenas "caatingas" floridas, las tierras azules, la ermita blanca de su parroquia, el repicar alegre de los días festivos.

De repente, en la extremidad de un tronco que atraviesa un arroyo a trasponer, barrándole el paso, algo inquietante ha vislumbrado. Se afirma, suelta la hachita, requiere el rifle y distingue, sobre su rullo de anillos, erguida, con los ojos centelleantes, la boca abierta y la lengua en relámpagos, una saracuá. Apunta y hace fuego. Lo despedaza la cabeza. Se ríe, fanfarrón, examina las presas envenenadas del ofidio, y sigue, sereno ya del susto, picada adentro, atravesando charcos, subiendo montículos, bajando escarpas, salvando troncos caídos, hasta surgir en el patio de su choza.

Las fueves de la mañana. Enciende el fogón, recalienta el café y toma una tiza. Fuma un cigarrillo, cambia el hachita por el balde, ambiteuye el capicete por una gorra de paño y se sumerge, otra vez, en la selva, cogiendo el latex. Toma las jarritas desbordantes, una por una, y las vacía en el recipiente que conduce, las limpia con el dedo índice, a fin de aprovechar hasta la última gota, y camina y se detiene ciento y cincuenta veces, tantas como son los árboles de la picada.



za mística de los creyentes. Ambicioso, conociendo el valor del dinero, anda con los ojos vueltos hacia las bandas del oriente, por donde subió Corta de noche. La ausencia de comodidad de su choza, levantada del suelo seco sobre estacas, no sintetiza la indiferencia y sí la transitoriedad, el sentido del regreso, el deseo vehemente de volver, de dejarlo todo. Soltero, a veces novio, casi siempre enamorado, vive con el pensamiento lejos, reviviendo espiritualmente las mujeres de Porangaba, de Quixeramobim, de Baturité, de Crato. Trabaja como un héroe para extraer un saldo, en el ansia de enriquecer, de ensartar un anillo de brillante en el dedo, de ser aviador, de ser patrón, de ser "coronel". Alegre, zumbón, le place reír alto, a carcajadas.

Con los sentimientos de honor muy vivos y el valor a flor de piel, estalla y se transfigura, en arranques feroces, en sus dramas de amor desagraviados a punta de cuchillo.

Faenando en cauchales vírgenes, produce mucho — ocho, diez, veinte galones diarios de latex — lo suficiente para bajar con algunos contos de reis en el bolsillo.

Ajeno al fatalismo, sabe, por experiencia propia, que si no emplea el más amplio esfuerzo en el caucho, jamás verá los "verdes mares bravos" de su tierra.

Su picada cauchera, como un anillo verdeante, se abre y se cierra en el abra de su choza. No vuelve del fin: llega. Alejado de cualquier convivencia humana, aislado, en la selva o en la hamaca, trabajando o durmiendo, más rústico se vuelve. Lleva por arma la carabina Winchester. Extraño a la ruda naturaleza amazónica, desconociendo la fauna, la flora y la gleba, los elementos le son hostiles. Sin finura ni astucia para vencer por la simulación y por perfidia, el coraje es el broquel que lo defiende. Todo lo lleva a bala.

Tales son las características dominantes de estos dos factores anónimos de la goma elástica. Contémpleselos en el contraste saliente de las almas. Balancéese sus iniciativas chocantes. La historia nativa de uno, pacífica, circundada por el "folklore" regional de la "Mae d'agua", de la "Curupira", del "Olho de Boto", del "Irapuru", contrasta singularmente con la historia migratoria del otro, envuelta en la tragedia escrita con las letras de fuego de las secas norestinas.

El cauchero de las islas, ya con el sol a nado, se embarca en las canoas, corra de río en río, en la cabeza, blusa y pantalones de algodón re-

según la frase de Euclides da Cunha, amansando el desierto.

RAIMUNDO MORAES
ILUSTRACIONES DE PREMIANI